

# CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 554

BARCELONA

ABRIL 1977

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



## SUMARIO

### INQUIETUDES Y SITUACION DRAMATICA

#### DEL HOMBRE MODERNO

Marcelo González Martín  
Cardenal-Arzbispo de Toledo

### ENCUENTRO CON ESTUDIANTES

Francisco Canals Vidal

### LA DESTRUCCION DE LA FAMILIA POR EL MARXISMO

José M. Petit Sullá

### LA VOLUNTAD DEL PUEBLO EN EL ORIGEN Y MANTENIMIENTO DEL PODER POLITICO

Victorino Rodríguez, O. P.

### CARTA AL PATRIARCA PIMEN

A. Soljenitsin

### EL COMUNISMO «LIBERAL»

Gerardo Manresa Presas

### LA ESCLAVITUD DE HUNGRIA EN LAS MEMORIAS DEL

#### CARDENAL MINDSZENTY

Narciso Torres Riera

### LLAMAMIENTO A LA SANTIDAD ELLA SOLAMENTE PUEDE

#### RESOLVER LOS PROBLEMAS HUMANOS

Carlos Etayo

### LA TESIS DOCTORAL

#### DE JOSE M. PLANAS Y CORBELLA

Luis Creus Vidal

### EL SENTIDO MISIONAL

#### DE LA CONQUISTA DE AMERICA

Frag. de una epistola de León XIII

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

## INQUIETUDES Y SITUACION DRAMATICA DEL HOMBRE MODERNO

Exhortación pastoral (Frag.)

† Marcelo González Martín,  
Cardenal-Arzbispo de Toledo

El ser humano no vive en solitario sobre la tierra, sino que forma parte de una familia, de una nación, de una cultura determinada en el tiempo y en el espacio, lo cual hace que su existencia se desarrolle con libertad responsable, sí, pero dentro de unos modos colectivos de ser y de vivir. Por ello no puede serle indiferente su propio mundo cultural. Reacciona como por instinto ante las señales de cambio, ya con sentimientos de desasosiego e inseguridad, ya con determinadas aspiraciones o temores. Que nuestra hora se caracteriza por las mutaciones de todo tipo, nadie parece ponerlo en duda, y aún salta a la vista en la crónica diaria, en la crisis de las instituciones y en la desorientación que reina en el pensamiento y en la jerarquía de valores.

Dios es el Señor de la historia, y al revelarnos a Cristo, su Hijo, como centro y sentido último de la misma, pide a los cristianos, especialmente a los seculares, que le sirvan orientando el mundo hacia el reino escatológico del Salvador. Así, pues, la mera consideración o el pronóstico de este mundo del hombre y sus cambios jamás puede limitarse para el cristiano a una curiosidad ociosa, ni tan siquiera a una acomodación resignada.

### Dios, desplazado de la vida

Ahora bien, ¿qué piden los hombres de hoy? Más que pedir, exigen, y con prisas: ha de dárselos todo aquí y ahora. Basan sus exigencias en su propia dignidad, tal como la entienden ellos mismos en el valor de su propia persona, que no reconoce límites. ¿Qué es lo que quieren, en definitiva? Una vida que corresponda práctica y concretamente a esa autovaloración: por una parte, no estar esclavizados a nada ni a nadie; por otra, gozar de todo, sin límites y sin esfuerzos excesivos.

Pero lo más característico, sin duda alguna, estriba en el cómo están intentando conseguirlo. Cada vez más generalmente y con más radicalidad, el hombre secular de estos dos últimos siglos no quiere tener en cuenta a Dios al estructurar su vida y su mundo conforme al plan que

acabamos de señalar. Para la existencia de cada individuo o para la convivencia de la humanidad, para lo que verdaderamente importa aquí sobre la tierra, Dios es al hombre secular perfectamente inútil o, como se dice hoy día, «irrelevante». Algunos añaden más: si ese Dios es inútil, supone un estorbo, ya que el lugar central y decisivo que antaño ocupó debe ahora ser cubierto por el hombre. Otros, en fin, más agresivos y tajantes, vienen a considerarlo como un verdadero enemigo, el primero que la humanidad ha de vencer en su esfuerzo por divinizarse. Todas estas variedades del hombre secularista, el mundano, o el agnóstico, o el ateo, o el antiteísta, llevan a oponerse a Dios mismo, o a su idea o, cuando menos, a toda cultura que pretenda entender la vida con la clave de Dios.

¿Cómo le ha ido en su intento a este hombre secular? ¿Qué nos está sucediendo a nosotros, hombres modernos, llevados cada vez en mayor grado por esquemas culturales donde en vano se buscará otro dios que no seamos nosotros mismos? En primer lugar, los resultados obtenidos por doquier —tanto en los esquemas individualistas de Occidente como en los colectivistas de los países del Este— deberían haber vuelto al hombre a la sensatez. No basta querer ser dios o proponérselo para serlo en realidad.

La más inmediata evidencia, la del propio existir, nos grita a veces que somos seres intrínsecamente normados, que nuestra libertad se halla por necesidad rodeada de tinieblas y condicionamientos, nuestros planes minados siempre por la posibilidad de fracaso. Pero, dejando aparte esta ilusión paranoica de pretender ser Dios, ¿ha sido nuestro hombre secular capaz de resolver sus propios asuntos temporales?

### **Fracaso interior**

Contestad previamente a estos otros interrogantes: ¿No ha aumentado el número de suicidios y se han elevado espectacularmente los índices de criminalidad, sobre todo juvenil? ¿No asistimos al nacimiento de un neosalvajismo en la pasión morbosa y el culto a la violencia y en la frialdad con que se chantajea o se propagan las propias ideas a costa de la seguridad o de la misma vida de personas a veces totalmente inocentes? ¿No estamos usando este maravilloso don de Dios a nuestra época, el progreso técnico y organizativo, más para producir juguetes de des-

trucción y para el vanidoso egoísmo de subrayar otras economías más débiles, que para el disfrute solidario y equitativo de su verdadero destinatario, la humanidad entera? ¿Es que podemos ahora en la época de la radio, TV y el «boom» de los demás medios de comunicación continuar con buena conciencia —como tal vez pudimos antes— mientras no damos adecuada respuesta al grito aterrador de un tercer mundo famélico? ¿Cómo justificar, por otra parte, que no pocos países subdesarrollados saquen fuerzas de flaqueza para el odio resentido a todo lo extranjero y para la agresión imperialista a otros todavía más débiles? ¿Es que supone un avance resucitar en la variedad de guerras ideológicas o de supremacía de grupos étnicos, las ya hace tiempo superadas guerras de religión? ¿No ha caído el hombre, sutil y más tiránicamente que en otros tiempos primitivos, en la dependencia de la droga o el sexo, o bien en el vasallaje espiritual a la mayoría demagógico-técnicamente manipulada y en la adscripción pasional o autohipotecadora a un partido político? ¿Tiene derecho a creerse verdaderamente libre el hombre moderno, por haberse desembarazado de un cuadro de valores que marcaban el rumbo de su existir? ¿Es más libre el marino después de haber borrado del firmamento las estrellas? ¿Podremos después de este cataclismo seguir en absoluto respetándonos, estimándonos y ayudándonos? ¿No ha comenzado ya a cobrarse con toda legalidad sus primeras víctimas en el feto humano que había comenzado su vida en el seno materno, o también en el que todavía a la puerta de la existencia reclamaba su derecho a entrar? ¿Qué sentido hemos de dar al fracaso, o aun rompimiento, de millones de parejas, muchísimas de ellas con hijos, entre los que son frecuentes los menores de edad? ¿Será cierto que en nuestros hogares se regatea cada vez más a los ancianos la atención cariñosa que merecen hasta por estricto deber de justicia?

### **Reforma política y renovación moral**

Hace más de un año que nuestra comunidad nacional se halla embarcada en la delicada tarea de una profunda reforma de las estructuras políticas. Sería suicida ignorar que tal esfuerzo está realizándose en medio de un mundo que ha trastocado totalmente el tradicional cuadro de valores que, como con limitaciones y defectos, estaba indiscutiblemente inspirado por la fe cris-

tiana. Acontece además en unos años en que la Iglesia universal atraviesa, al decir de su supremo Pastor, circunstancias difíciles y aun dolorosas.

Por eso las convulsiones trágicas recientes, también en nuestra patria, y algunos síntomas de descomposición social que últimamente aparecen entre nosotros o se han acentuado o simplemente amenazan, encuentran recta explicación como nuevos brotes de la cultura secular y ramalazos del histórico drama del hombre sin Dios. Gran pecado de ingenuidad sería que el catolicismo español entrase en esta reforma en actitud irresponsable o con talante alegre y confiado. Debemos reflexionar a tiempo.

Sería desaprovechar lo mejor de la gracia que Dios, siempre misericordioso, nos ofrece si nos quedásemos en remedios superficiales ante el gran desafío de estos tiempos. Ni como hombres ni como cristianos nos conformamos con la mera condena, aun cuando se pronuncie desde el sentido de humanidad y no desde el partidismo político; tampoco consideramos suficiente la sereni-

dad, ni la enérgica demanda de poner fin a la locura, ni la viril exigencia de una acción gubernativa clara y decidida a cumplir y hacer cumplir la ley. Todo esto es necesario. Sin embargo, para un arreglo duradero, para una solución a medio y largo plazo, ni cada una ni siquiera todas esas recetas juntas serían bastantes, ya que no rebasan la terapéutica de los síntomas.

Los pensadores, así creyentes como incrédulos, coinciden en que la única solución para una sociedad en profunda crisis como la actual es una completa renovación moral; pero la inseguridad en que se debaten muchos de nuestros pobres hermanos sin Dios consiste en que les falta el punto de apoyo de tal renovación, dado que la urgente reforma de las costumbres apenas si puede realizarse sin unas firmes creencias y la correspondiente actitud ante la vida. En tales circunstancias es privilegiada todavía la situación de nuestra comunidad nacional, pueblo en su mayoría de gran riqueza humana, con una fe cristiana socialmente arraigada e individualmente sentida.

## II. EL CRISTO CUARESMAL, SALVACION Y ESPERANZA

Queremos resucitar en una comunidad nacional más limpia, más fraterna, más justa, más alegre. El único medio para alcanzar esta meta —os lo digo sabiendo que no es popular, pero desde la grave responsabilidad de mi deber pastoral— es la penitencia y la cruz, es el esfuerzo, la conversión, la superación del egoísmo, el autocontrol. No sois paganos, aunque viváis en un mundo semipaganizado, y así puedo hablaros con audacia: muerte y resurrección están inseparablemente unidas cuando la muerte es la muerte de Cristo, cuando morimos en el amor, en la paciencia, en la humildad, en la justa obediencia, en la solidaridad de unos con otros y en la austeridad de todos, más urgente y necesaria en los que más tengan.

### No hay soluciones cómodas

La fe cristiana nos lleva a creer que no hay solución para los grandes problemas del hombre

fuera de Jesucristo. Tenemos el urgente deber de devolver al corazón de nuestros cristianos el convencimiento práctico de que Jesús significa salvador. El es la piedra angular; un pueblo cristiano que emprendiera la gran aventura de edificar su ordenamiento político-social rechazándola, construiría en vano; porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que podamos salvarnos (Hech. 4, 11-12).

Médico le llaman los santos Padres. La medicina que nos prescribe está lejos de ser facilitona y demagógica. Nos recomienda la guerra y la violencia, pero tan sólo en la lucha espiritual contra el pecado que habita en nosotros. Son métodos eficaces, no fórmulas que obren por arte de magia. El mal de la humanidad es muy hondo y amenaza sobrepasar sus límites de tolerancia. El hombre —de modo especial el moderno— adolece de mutua incomprensión, violencia de los más fuertes política y socialmente, insumisión radi-

cal, una sexualidad que conjuga el desenfreno con el refinamiento, una libertad sin más pauta que el capricho de cada uno... «Este tipo de demonios no se arrojan si no es por la oración y el ayuno» (Mt. 17, 21).

Jesús no pretende ofrecer soluciones cómodas, pero sabe que él es el único salvador: «La salvación no está en ningún otro» (Hech. ib.). Por eso nos previene contra falsos cristos y falsos profetas que llegan con recetas halagadoras por ambiguas y fáciles por inoperantes. La salvación de nuestra patria no está en la dialéctica de las agresiones, así como tampoco ha de salir milagrosamente de las urnas. La dialéctica de las agresiones, al estar movida en el que la desencadena por la sinrazón o el odio, es una dialéctica estéril. Por otro lado, de las urnas no sale sino lo que hayamos previamente introducido en ellas: si espíritu de servicio, sentido de justicia e ilusión de convivencia, saldrá la paz; pero si nuestras papeletas rezuman insolidaridad partidista o egoísmo a nivel individual y social, no espereamos otra cosa que la degradación moral, seguida de la desintegración del orden público, que a su vez daría paso a una férrea dictadura de tal o cual color ideológico.

Para la remodelación de la vida nacional, tan importantes como la ideología que la inspire son los modelos que al pueblo se presentan. Para muchos, el ideal de perfección cultural y política a que han de tender Estado y sociedad en nuestra patria es el sistema laico y permisivo de las democracias liberales de Occidente. No es mi cometido hacer un recuento valorativo, en el terreno de lo meramente temporal, de las ventajas e inconvenientes de este modo concreto de entender y ordenar la vida. Tampoco voy a hacer aquí y ahora un juicio de valor desde los grandes principios de la filosofía política y la moral cristiana. Mi intento es mucho más modesto, aunque por radical más trascendente.

Sólo quisiera recordar a los hijos de la Iglesia, para evitarles el burdo engaño y tal vez una desgracia irreparable, que muchas ideologías de importación han recibido su primera inspiración —como se indica al comienzo de estas páginas— en actitudes ateas, y que los españoles, si queremos seguir viviendo a lo cristiano, hemos de examinar a la luz de nuestra fe y con sumo cuidado toda mercancía que se nos quiera vender. Sólo así acertaremos en la gran empresa de la reforma

nacional. Escuchemos a San Pablo: «No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos por la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rom. 12, 2). Es verdad que constituye un rasgo cristiano el tender la mano a otros pueblos, sobre todo si nos son afines por proximidad cultural o hasta geográfica, y estar dispuestos a aprender de todos; pero «vuestra caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndoos al bien» (ib. v. 9). Lo contrario se llama imitar sin personalidad, con el nada teórico peligro de que nos precipitemos a copiar lo fácil y pervertido, ya que lo grande y moralmente valioso, que también existe en la vieja cultura europea, requiere casi siempre tiempo y esfuerzo.

### Discernimiento y fe

Es bien sabido que los españoles, en su mayoría, somos un pueblo creyente. No es raro que las ideologías del hombre secular se nos presenten disfrazadas de Cristo y de Evangelio. Examinémoslas bien examinadas. Así nos lo recomienda San Juan en su primera carta: «Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo...; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios; ese es el Anticristo de quien habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo» (4, 1-3). Y Pablo, escribiendo a los fieles de Galacia, se expresa así: «Me maravillo de que os paséis tan pronto a otro evangelio —no que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren transformar el Evangelio de Cristo—. Pero aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciara un evangelio distinto del que os hemos anunciado, ¡sea anatema!» (1, 6-8).

¡Qué pena si se perdiera esta gran ocasión por no haber tenido presente lo que la fe nos pide! ¿No podría aplicársenos a los españoles de esta generación aquellas otras palabras del Apóstol?: «Oh insensatos gálatas, ¿quién os fascinó a vosotros, ante cuyos ojos fue presentada la imagen de Jesucristo crucificado?... ¿Sois tan tontos que, habiendo comenzado según Dios, vais a concluir al modo de los hombres?» (Gál. 3, 1-3).

Os bendigo afectuosamente en el Señor.

# Encuentro con estudiantes

FRANCISCO CANALS VIDAL

## DOS TEXTOS DE CARLOS MARX

\* TESIS SOBRE FEUERBACH

### V. NO CONTEMPLACION, SINO PRAXIS REVOLUCIONARIA

**I. El defecto fundamental hasta el presente de todo el materialismo anterior —incluyendo al de Feuerbach— es que sólo considera las cosas, la realidad del mundo sensible, en forma de objeto de observación y no como actividad sensorial humana, no como actividad práctica, no subjetivamente. Así se explica que el aspecto activo ha sido desarrollado por el idealismo, en oposición al materialismo, pero en forma abstracta, porque el idealismo no conoce, naturalmente, la actividad real concreta como tal. Feuerbach quiere objetos sensibles, realmente distintos de los objetos mentales, pero tampoco concibe la actividad humana como una actividad objetiva. Por eso La esencia del cristianismo sólo considera como actitud auténticamente humana la actividad teórica y capta sólo la actividad práctica en su manifestación bajamente judaica. Por consiguiente, no comprende la importancia de la actividad «revolucionaria», práctico-crítica.**

**II. La cuestión de saber si el pensamiento humano puede aspirar a la verdad objetiva no es una cuestión teórica sino práctica. Es en la práctica donde el hombre ha de demostrar la verdad, es decir, la realidad y la fuerza, en este mundo y para nuestro tiempo, de su pensamiento. La disputa sobre la realidad o la irrealidad del pensamiento al margen de la práctica es una cuestión puramente escolástica.**

**III. La teoría materialista de la modificación de las circunstancias y la educación olvida que las circunstancias son modificadas por los hombres y que el educador debe también ser educado. Esta doctrina divide, pues, a la sociedad en dos partes, una de las cuales es superior a la sociedad.**

\* *Manuscritos: Economía y filosofía* (3.º manuscrito, página XII) de Carlos Marx.

La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana —o automodificación— sólo puede concebirse y comprenderse racionalmente como una práctica revolucionaria.

IV. Feuerbach parte del hecho de que la religión hace al hombre ignorante de sí mismo y desdobra el mundo en un mundo religioso, imaginario, y un mundo temporal. Su cometido consiste en reducir el mundo religioso a su base terrenal. El hecho de que la base terrenal se separe de sí misma y se establezca en las nubes como un reino independiente sólo puede explicarse por el desgarramiento y la contradicción internos de esta base terrenal. Es necesario, pues, comprender ésta en su contradicción, y revolucionarla en la práctica suprimiendo la contradicción. Así, por ejemplo, cuando se ha descubierto que el secreto de la familia celestial es la familia terrenal, se debe destruir primero a ésta en la teoría y en la práctica.

V. No satisfecho con el pensamiento abstracto, Feuerbach pide la intuición sensible, pero no considera el mundo sensible como una actividad práctica, concreta, del hombre.

VI. Feuerbach reduce la esencia de la religión a la esencia del hombre. Pero la esencia del hombre no es una abstracción inherente a cada individuo particular. La verdadera naturaleza del hombre es el conjunto de sus relaciones sociales.

Feuerbach, que no entra en la crítica de esta esencia real, se ve pues obligado:

1. A hacer abstracción del curso de la historia y a convertir el espíritu religioso en algo inmutable, existente por sí mismo, y a suponer la existencia de un individuo humano abstracto, aislado.

2. A considerar la naturaleza del hombre únicamente en términos de género, como una cualidad universal interna y muda que une a los numerosos individuos de forma puramente natural.

VII. Por eso Feuerbach no ve que el «espíritu religioso» es un producto social y que el individuo abstracto que él analiza pertenece a una forma particular de sociedad.

VIII. Toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que desvían la teoría hacia el misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica.

IX. El resultado más alto a que ha llegado el materialismo que se limita a observar el mundo, es decir, que no concibe la existencia sensorial como una actividad práctica, es la observación de los individuos particulares y de la sociedad burguesa.

X. El punto de vista del materialismo antiguo es la sociedad burguesa; el del nuevo materialismo es la sociedad humana o la humanidad socializada.

XI. Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de diversas maneras; de lo que se trata es de transformarlo.

## EL CAPITAL

Prefacio de la segunda edición (...) Mi método dialéctico, no sólo difiere fundamentalmente del de Hegel, sino que le es directamente opuesto. Para Hegel, el proceso mental, del que llega hasta hacer un sujeto independiente bajo el nombre de idea, es el demiurgo de la realidad, la cual sólo es su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es más que lo material, transpuesto e interpretado en la cabeza del hombre.

He criticado el lado místico de la dialéctica hegeliana hace poco más o menos treinta años, cuando todavía estaba de moda. Pero precisamente cuando yo trabajaba en el primer tomo de El capital, los fastidiosos, mediocres y pretenciosos epígonos que ahora dirigen la orquesta de la Alemania letrada, se complacían en tratar a Hegel como el bravo Moses Mendelssohn trataba a Spinoza en tiempos de Lessing, es decir, como un «perro muerto». Me declaré, pues, abiertamente discípulo de aquel gran pensador y llegué incluso a hacer gala de su modo de expresión característico en el capítulo sobre la teoría del valor. El misticismo en que se envuelve la dialéctica en manos de Hegel no impide absolutamente que sea él quien haya expuesto el primero sus formas generales de movimiento de un modo comprensivo y consciente. Hegel pone la dialéctica al revés. No hay más que darle la vuelta para descubrir el núcleo racional bajo la envoltura mística.

En su forma mística, la dialéctica estuvo a la moda en Alemania, porque parecía glorificar lo existente. En su forma racional, es un escándalo y un horror para la burguesía y sus corifeos doctrinarios; porque en la comprensión positiva de lo existente incluye la inteligencia de su negación, de su necesaria caída; porque lo concibe todo en movimiento, y también, por lo tanto, como formas perecedoras y transitorias; porque nada la puede dominar, y es esencialmente crítica y revolucionaria.

## REFLEXIONES SOBRE ESTOS TEXTOS DE MARX

¡Qué distinto es comprender y sentir algo que meramente saberlo o tener noticia de ello! Me parece haber llegado por primera vez a la comprensión y sentimiento de lo que estos textos de Marx significan, al oírlos leer en una sesión de seminario por un alumno de mi curso sobre «Teoría y praxis». Al pedirle que repitiese la lectura, para que todos los que le oíamos nos hiciésemos auténticamente cargo del tema, me daba cuenta de lo que es verdaderamente el problema en nuestro ambiente universitario y en nuestra sociedad.

A Marx le parece todavía insuficiente la crítica del cristianismo y de la religión formulada por la izquierda hegeliana y especialmente por Feuerbach. Tampoco tiene interés para el marxismo una posición materialista que atienda a la materia como realidad objetiva. Toda consideración sobre la verdad, entendida como adecuación del pensamiento a la realidad, sería todavía una posición «escolástica».

Primacía de la *praxis*, materialismo *dialéctico* y ateísmo, o más exactamente *antiteísmo práctico*, son para el marxismo algo inseparable. Si la negación de Dios va ligada a la atribución de predicados divinos a otra realidad, aunque ésta sea la naturaleza humana universal, todavía no se

ha superado el «desdoblamiento» de la conciencia y la «alienación» religiosa.

Y si la afirmación de que nada ha de ser adorado se fundase en una consideración teórica sobre la realidad, todavía no se habría ejercido la total recusación de cualquier superioridad sobre el hombre como sujeto activo.

Muchos se escandalizaron de que Pío XI calificase el marxismo como «intrínsecamente perverso». No habían sentido, ni experimentado en su dinamismo y orientación, una *praxis* revolucionaria que, en orden a destruir en la conciencia humana toda idea de Dios, necesita revolucionar y destruir en odio a la «familia celeste», la «familia terrenal».

El antiteísmo marxista no puede ser comprendido sino desde el mensaje de San Pablo en su epístola a los tesalonicenses: el hombre empecatado se rebela «contra todo lo que se llama Dios o recibe culto». Contra la fe verdadera en Dios y contra cualquier tipo de religiosidad y aún de idolatría. Su mismo «antifascismo» se dirige no contra los errores estatistas, de inspiración también hegeliana, sino contra cualquier afirmación de un principio unitario y absoluto más allá del hombre.

«No hay poder sino por Dios»; «esté toda alma sometida a las potestades superiores, porque las que existen han sido ordenadas por Dios». Tal es la enseñanza de la fe cristiana, con la que está acorde el sentido común y la razón humana. El marxismo, en orden a negar a Dios, presenta su idea como una proyección alienante de las potestades superiores bajo las que se despliega la vida del hombre. La *praxis* marxista combate esta ordenación para realizar prácticamente en lo terreno la negación de Dios.

San Agustín hablaba del amor soberbio y egoísta de sí mismo que lleva al hombre hasta el desprecio de Dios. En el antiteísmo marxista encontramos este orgullo y protervia llevado a su consecuencia de suicidio del hombre y de destrucción del orden natural.

En su hostilidad a lo sobrenatural, el marxismo es también antinatural y antihumano. El «ser» es, según la filosofía cristiana, el «efecto propio de Dios». Con una actitud que prolonga y radicaliza la de las *gnosiŝ*, a las que acusaba San Ireneo de sentir odio a lo que Dios había creado, la *praxis* marxista se orienta hacia la negación de lo que es, hacia la destrucción y aniquilamiento de la realidad.

Toda afirmación de la verdad es «dogmatismo». Toda búsqueda e investigación desinteresada de la misma, es «alienante». La filosofía ha de ser cancelada por ser «religión convertida en pensamiento». Pero tras el implacable antidogmatismo se oculta una ciega, e implacable, e incondicionada actitud: la del «espíritu que siempre niega» —según las palabras que pone Goethe en labios de Mefistófeles— la de la primacía de la nada y de la tiniebla, que pretende ser el todo originario, frente al ser y la luz, a las que se juzga despreciables y llamadas a la destrucción.

La implacable intransigencia de esta *praxis* antinatural, antihumana, y finalmente antiteísta, cuya eficacia experimentamos cada día, me llevan a reflexionar sobre el trágico problema práctico de nuestra vida cultural y universitaria.



En el pasado siglo los liberales quisieron caricaturizar las actitudes «ultramontanas» atribuyendo a Louis Veuillot la tesis de que invocaba en su favor la libertad, por estar ésta en el programa liberal, pero que no tenía que concederla él porque no estaba en su programa.

Ahora todos sabemos que el marxismo no tiene en su programa ni la libertad política, ni el respeto a las minorías, ni a las mayorías, ni al valor de la cultura y de la ciencia en sí mismas. Pero el liberalismo carece de criterio teórico y práctico para salvar a la sociedad y a la Universidad de la agresión destructora de la *praxis* marxista.

Nuestra Universidad es hoy un cuerpo en descomposición. Hace algunos días en su «Aula magna» tuvo lugar un «juicio sobre la familia», en el que, frente al matrimonio monógamo y a la relación paterno-filial, se defendió la comunidad sexual y una como paternidad de todos sobre todos. También la familia juzga, y con fundamento sólido, sobre la Universidad, y todos sabemos lo que piensa sobre ella un padre de familia normal. Hace algunas horas acabo de oír el comentario del taxista que me había conducido a la zona universitaria de Pedralbes.

Mi motivación personal para dedicarme al estudio de Santo Tomás de Aquino, que me llevó a encontrar mi vocación profesional en la enseñanza, surgió como consecuencia de la lectura y consideración de los escritos de Santa Teresita del Niño Jesús. Su espiritualidad es el *finis operantis* de toda mi tarea especulativa y académica. Pero nunca he explicado en mis clases de metafísica el contenido de los manuscritos autobiográficos de la genial escritora de Lisieux. No es allí el tema; si lo hubiese hecho no hubiera dejado de suscitar extrañezas y aún protestas.

Los profesores y estudiantes marxistas dedican *toda* su actividad a una acción revolucionaria. Desde la redacción de los programas y la selección de la bibliografía, hasta el tono de las explicaciones y la reiterada utilización de las clases como asambleas políticas, no tienen otra cosa que hacer sino «transformar el mundo», según las orientaciones del Partido.

El problema es grave, y desde los presupuestos convencionales de la vida universitaria y política occidental, insoluble. A los estudiantes creyentes quiero invitarles a la oración y a la profesión sincera de su fe católica. A todos cuantos conserven todavía algo de sentido común, porque hayan conseguido salvarlo de la contaminación ambiental, les invito a la sinceridad, al estudio, a la seriedad y a la consecuencia consigo mismos.

# LA DESTRUCCION DE LA FAMILIA POR EL MARXISMO

JOSÉ M.<sup>a</sup> PETIT SULLÁ

Uno de los objetivos del marxismo es, según lo expresa la *IV tesis sobre Feuerbach* de Marx, la destrucción de la familia. La radicalidad de este objetivo se patentiza por la afirmación de Engels de negar nada menos que la misma unión matrimonial monógama. «La monogamia —escrive en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*— entra en escena bajo la forma de esclavizamiento de un sexo por el otro». Lejos de ser una relación natural la monogamia es el resultado «de causas económicas»: «La monogamia —añade Engels— nació de la concentración de grandes riquezas en las mismas manos, las de un hombre; y el deseo de transmitir estas riquezas por herencia a los hijos de este hombre, excluyendo a los de cualquier otro».

El marxismo aplica a la familia su doble tesis característica. Por una parte, su origen económico, en la acaparación en propiedad privada de los medios de producción. Por otra, su constitución antagónica, la relación explotadora y esclavizadora que una parte ejerce sobre la otra. Por esta razón escribía Engels sin ningún rubor en esta obra de 1884 que «la primera opresión de clases aparece en la historia con la del sexo femenino por el masculino», y que en consecuencia «el hombre es en la familia el burgués; la mujer representa en ella el proletario».

Para Engels, como para todo materialismo estricto, la relación hombre-mujer es meramente una relación sexual, sin amor personal dirigido a la persona misma. Es por ello por lo que la monogamia violentaba la apetencia sexual, reduciéndola y limitándola, obligando así a la aparición de la prostitución como institución obligada y paralela a la monogamia. La prostitución es, junto al matrimonio monógamo «los dos polos del mismo estado social». Para Engels no puede desaparecer la prostitución «sin arrastrar consigo al abismo la monogamia». La monogamia y en particular la indisolubilidad son substituidos por el amor libre, como también lo expresa *El Manifiesto*, en una sociedad en que ya no hay propie-

dad privada. Por esta razón para el marxismo no es preciso ni siquiera el divorcio en lo que en este se conserve de defensa de los intereses del cónyuge que pueda sentirse perjudicado. «Si el matrimonio fundado en el amor es el único moral, sólo podrá serlo donde el amor persista. Pero la duración del acceso del amor sexual es muy variable según los individuos, particularmente entre los hombres; y la desaparición del afecto ante un amor apasionado nuevo hace de la desaparición un beneficio, lo mismo para ambas partes que para la sociedad. Sólo que debe ahorrarse a las gentes patalear en el inútil fango de un pleito de divorcio».

El cinismo del texto precedente, la frialdad con que es caracterizado el amor, e incluso la concesión —verdadero «lapsus» ideológico— de que el hombre es habitualmente más variable en sus pretensiones sexuales, no hay que pensarlo más que en la línea del craso materialismo en que se mueve la filosofía marxista. «Un amor apasionado nuevo» hace «desaparecer el afecto». No hay aquí concesiones, a las que nos tiene habituada la literatura liberal, acerca del matrimonio que ya se ha hecho «imposible» y que con la indisolubilidad se impide «rehacer» la vida de ambos cónyuges. La razón de esta mayor radicalidad, o en cierto sentido, mayor realismo, estriba en que para el marxismo *todo* matrimonio monógamo indisoluble es una relación violenta fruto de una situación económica determinada.

Del matrimonio monógamo hay especialmente dos características fundamentales que habrán de desaparecer necesariamente: el que el marido sea cabeza de la mujer y la indisolubilidad: «Habiendo nacido de causas económicas la monogamia ¿desaparecerá cuando lo hagan estas causas?» A lo que contesta Engels que «desaparecerán de la monogamia todos los caracteres que le han impuesto las condiciones de la propiedad a las cuales debe su origen». Estos caracteres son «en primer término, la preponderancia del hombre y luego la indisolubilidad».

No piense nadie que la superación de la «preponderancia» del hombre sobre la mujer será sustituida por una igualdad entre ambos en los asuntos familiares. Nada de esto se da nunca en el marxismo. No se trata de encontrar una relación nueva entre el hombre y la mujer dentro del matrimonio monógamo, por la sencilla razón de que no se trata de «salvar» la familia. Todo lo contrario, en cuanto que la relación matrimonial es antagónica y explotadora, es una relación «burgués-proletario», lo que hay que hacer es «liberar» a la mujer de esta opresión. Que con esta «liberación» desaparece la familia no sólo no es problema para el marxismo sino que es precisamente su finalidad primera, al servicio de la cual se ha montado este antagonismo conyugal esencial y constitutivo. No hay «reparto» de derechos y deberes, de responsabilidades y privilegios, a ningún nivel. La familia pasa simplemente a ser absorbida por el Estado. «En cuanto los medios de producción pasen a ser de propiedad común, la familia individual deja de ser la unidad económica de la sociedad. La guarda y educación de los hijos se convierte en asunto público; la sociedad cuida con el mismo esmero de todos los hijos, sean legítimos o naturales». Como se ve, sólo permanece el comercio sexual indiscriminado sin unidad económica, afectiva o de ayuda mutua. La unión de la «pareja humana» sólo interesa en la medida en que el Estado —llamado enfáticamente «sociedad»— todavía no puede «producir» hijos en las fábricas. Los hombres y las mujeres se convierten exclusivamente en trabajadores, al servicio de la sociedad colectivizada por el Estado.

La «liberación» de la mujer exige la desaparición de la familia, dice Engels. Esta desaparición es la única que permitirá la inclusión de la mujer como trabajadora de la industria pública. «La manumisión de la mujer exige, como condición primera, la vuelta de todo el sexo femenino a la industria pública, y que, a su vez, esta condición exige que se suprima la familia individual como unidad económica de la sociedad». La «liberación» de la mujer de la opresión masculina, es decir, la «emancipación y la igualdad» respecto al hombre, se darán cuando ambos queden reducidos a la condición de trabajadores del estado socialista. Mientras se mantenga la familia, es decir, el hogar, como lugar natural donde se da la procreación y educación de los hijos, como unidad social y económica primera y fundamental, con la división del trabajo que ella representa, espe-

cialmente por lo que se refiere a las tareas domésticas, que son el ámbito natural de la capacidad femenina, por su diversidad, universalidad, continuidad e intensidad afectiva, no se producirá, para el marxismo, la «liberación de la mujer». «La emancipación de la mujer y su igualdad de condición con el hombre son y seguirán siendo imposibles mientras permanezca excluida del trabajo productivo social y confinada dentro del trabajo privado doméstico».

El marxismo es consciente de que no puede haber una nueva organización familiar. Lo que se pretende es pura y simplemente su desaparición. La diversa aportación que hacen el hombre y la mujer a la familia es constitutiva de la misma y no debe plantearse en el terreno del derecho, sino que hay que romper la relación misma, más allá de una mera, y normalmente pasajera, unión sexual. No le falta perspicacia al marxismo al notar que las «diferencias» entre el hombre y la mujer, en cuanto a su tarea familiar, son esenciales. Para lograr la destrucción de la familia se requiere la inclusión de la mujer en «el trabajo productivo social», es decir, en «la gran industria moderna» y que «el trabajo doméstico no la ocupe sino un tiempo insignificante». El «estar» la mujer en la casa, es el origen mismo de la familia, sea cual sea el estatus jurídico y social que se establezca. Sacar la mujer de la casa y convertirla en elemento de producción son los requisitos indispensables para destruir la familia. Como que la familia es esencialmente explotación la emancipación de la mujer exige la destrucción de la familia como núcleo social. Como que la familia es esencialmente diversidad de tareas, la igualdad en la condición productiva pública es la única que puede hacer de la mujer un trabajador igual al hombre. En las fábricas no es necesaria la distinción, en las familias sí lo es.

Poco importa para esta pretensión marxista que, de hecho, y por razones obvias, el trabajo productivo de la mujer resulte de niveles más cercanos al trabajo más material y que, por consiguiente, en los países comunistas, el trabajo usual de la mujer sea pura y simplemente el peonaje en las tareas más pesadas. La discriminación que impone la rentabilidad de una actividad productiva no es obstáculo para lo esencial: sacar a la mujer de su casa, en la que era «señora», y esto es lo único importante, porque es lo que hunde definitivamente la organización familiar. Sólo si se saca a la mujer de la casa, de la administración de la misma, sea cual sea el nivel económico

y social que en ella se dé, será posible la destrucción de la familia. Las «ideas» igualitarias, por «avanzadas» que sean —quiero decir, por disolventes que sean— chocarán siempre con esta realidad fundamental: la familia exige una división del trabajo, o por mejor decir, una división de obligaciones y de contribuciones cuya base es la misma naturaleza humana. No se ha conseguido nunca un nuevo «modelo» familiar, como no se ha conseguido que nazcan hijos de la unión de homosexuales. La familia sólo puede ser esto que, no se sabe si con buena o mala intención, se llama «familia tradicional». Cuando alguien nos dice que su familia «es una familia tradicional» nadie entiende toda cosa sino una familia, pura y simplemente. Por ello, decir que el marxismo pretende la destrucción de la familia tradicional es un añadido desconcertante y desfigurante, porque Engels no se refiere nunca a la familia «tradicional», sino a la familia, pura y simplemente, al igual que Marx.

Si la inmoralidad pública es cuestión que pertenece al materialismo occidental, cuestión que a la postre ataca a la familia ciertamente, el ataque conceptual a la familia como tal, es tema predilecto del marxismo. Lo que el primero contribuye

al segundo, indirectamente, no bastaría para terminar con todas las familias. Decía Balme que no creía posible la degradación de la familia, por su misma naturaleza. Esta es una cuestión de entera experiencia, incluso en la sociedad actual tan materializada. Todo el mundo sabe que el matrimonio, naturalmente monógamo e indisoluble, es de por sí un centro de equilibrio, de perfeccionamiento moral y de fomento de toda virtud individual y social.

La destrucción de la familia pretendida por el marxismo es porque en ella se da la formación de todas las virtudes morales y espirituales y la primera e insustituible formación religiosa de los hijos. La familia queda como reducto frente a la dominación total del individuo que puede alcanzarse en la «vida pública». La coacción, de toda clase, que puede ejercerse sobre un hombre o una mujer en los centros de «producción» no podría entrar en la familia a no ser como simple intromisión.

No es posible la «nueva sociedad» comunista sin la previa destrucción de la familia. Es obvio y constatable que la destrucción de la familia sólo interesa como fin propio al comunismo.



## INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION



MAYO

**GENERAL:** *«Que todos los hombres y las sociedades tengan por Maestra a la Santísima Virgen María en el discernimiento diario de la voluntad de Dios.»*

**MISIONAL:** *«Que por intercesión de la Santísima Virgen María Jesucristo sea más conocido entre los musulmanes.»*

# La voluntad del pueblo en el origen y mantenimiento del poder político

VICTORINO RODRÍGUEZ, O. P.

## I. FORMULA AMBIGUA DE LA LEY DE REFORMA POLITICA

Cuando salga a luz este comentario, el pueblo español ya habrá respondido a la consulta de Referéndum sobre el proyecto de ley de reforma política. Al margen del veredicto popular y en atención, sobre todo, a que esta ley, al salir aprobada como es fácil suponer, tendrá rango de Ley Fundamental, a tenor de su disposición final, estimo oportuno hacer algunas puntualizaciones sobre la formulación del primer punto del artículo primero. Dice así: «La democracia, en el Estado español, se basa en la supremacía de la ley, expresión de la voluntad soberana del pueblo. Los derechos son inviolables y vinculan a todos los órganos del Estado» (Boletín Oficial del Estado, núm. 282, 24-11-1976).

Mis reparos teológico-jurídicos no son al sentido democrático del régimen político, ni a la pri-

macía de la ley en un Estado de derecho, ni a la inviolabilidad de los derechos fundamentales de la persona, ni al derecho primordial del pueblo a intervenir en su constitución política. Se refieren más bien a la calificación absolutista de la «voluntad soberana del pueblo», base de la «primacía» de la ley; al desconocimiento de la vinculación ineluctable tanto de la ley constitucional como de la voluntad del pueblo a la ley natural y divino-positiva; y a la inadecuada e incongruente apelación a los inviolables derechos fundamentales de la persona, sin dar a entender si también ellos necesitan dimanar de la «voluntad soberana del pueblo» o si más bien limitan aquella soberanía, y sin concretar a qué elenco de derechos se refiere: ¿a los de la Revolución Francesa?, ¿a los del Fuero de los Españoles?, ¿a los de la O.N.U.?

## II. ORIGEN DIVINO-NATURAL DEL PODER POLITICO

Hacer descansar la democracia del Estado español y de su Constitución política en la «voluntad soberana del pueblo», sin más, hará recordar a los católicos un poco leídos las reiteradas reprobaciones de la Iglesia del absolutismo demoliberal. «Algunos hombres, negando con un desprecio completo los principios más ciertos de la sana razón, se atreven a proclamar que la voluntad del pueblo, manifestada por lo que ellos llaman la opinión pública o de otro modo cualquiera, constituye la ley suprema, independiente de todo derecho divino y humano, y que en el orden político los hechos consumados, por el mero hecho de estar consumados, tienen un valor jurídico propio» (PIO IX, *Quanta cura*, núm. 4, Ed. J. L. Gutiérrez García, Doctrina Pontificia, II, BAC,

1958, p. 9). «Se ha repetido que la autoridad pública no deriva de Dios su primer origen ni su majestad ni su fuerza imperativa, sino de la multitud popular, la cual, juzgándose libre de toda sanción divina, sólo se somete a las leyes que ella misma se da a su antojo» (LEON XIII, *Quod apostolici muneris*, núm. 2, Doctrina Pontificia, ed. cit., p. 63). «Muchos de nuestros contemporáneos... afirman que todo el poder viene del pueblo... Muy diferente es en este punto la doctrina católica, que pone en Dios, como en principio natural y necesario, el origen del poder político» (LEON XIII, *Diuturnum illud*, núm. 3, ed. cit., p. 111). «Negar que Dios es la fuente y origen de la autoridad política es arrancar a ésta toda su dignidad y todo su vigor. En cuanto a la tesis de

que el poder político depende del arbitrio de la muchedumbre, en primer lugar se equivocan al opinar así. Y, en segundo lugar, dejan la soberanía sentada sobre un cimiento demasiado endeble e inconsistente. Porque las pasiones populares, estimuladas con estas opiniones como con otros tantos acicates, se alzan con mayor insolencia y con gran daño de la república se precipitan, por una fácil pendiente, en movimientos clandestinos y abiertas sediciones» (*Ibidem*, núm. 17, p. 122). «De este modo, como es evidente, el Estado no es otra cosa que la multitud dueña y gobernadora de sí misma. Y como se afirma que el pueblo es en sí mismo fuente de todo derecho y de toda autoridad, se sigue lógicamente que el Estado no se juzgará obligado ante Dios por ningún deber» (LEON XIII, *Immortale Dei*, núm. 10, ed. cit., p. 204). «Porque, cuando el hombre se persuade que no tiene sobre sí superior alguno, la conclusión inmediata es colocar la causa eficiente de la comunidad civil y política no en un principio exterior o superior al hombre, sino en la libre voluntad de cada uno; derivar el poder político de la multitud como de fuente primera» (LEON XIII, *Libertas proestantissimum*, núm. 12, ed. cit., página 238). «Sea cual sea la forma de gobierno, la autoridad deriva siempre de Dios» (LEON XIII, *Proeclara gratulationis*, núm. 15, ed. cit., p. 338). «Incurriría en un grave error el que negase a la

humanidad de Cristo el poder real sobre todas y cada una de las realidades sociales y políticas del hombre, ya que Cristo como hombre ha recibido de su Padre un derecho absoluto sobre toda la creación» (PIO XI, *Quas primas*, núm. 8, Doctrina Pontificia, ed. cit., p. 503). «Porque, según ellos (los comunistas), todo lo que los hombres llaman autoridad y subordinación deriva exclusivamente de la colectividad como de su primera y única fuente» (PIO XI, *Divini Redemptoris*, núm. 10, ed. cit., pp. 675-676). «Una sana democracia, fundada sobre los inmutables principios de la ley natural y de las verdades reveladas, será resueltamente contraria a aquella corrupción que atribuye a la legislación del Estado un poder sin freno ni límites, y que hace también del régimen democrático, a pesar de las contrarias, pero vanas apariencias, un puro y simple sistema de absolutismo» (PIO XII, *Benignitas et humanitas*, núm. 28, Doctrina Pontificia, ed. cit., p. 879). «No puede aceptarse la doctrina de quienes afirman que la voluntad de cada individuo o de ciertos grupos es la fuente primaria y única de donde brotan los derechos y deberes del ciudadano, proviene la fuerza obligatoria de la constitución política y nace, finalmente, el poder de los gobernantes del Estado para mandar» (JUAN XXIII, *Pacem in terris*, número 78, ed. BAC, Ocho grandes mensajes, p. 233).

### III. ¿INICIAL DESCONFESIONALIZACION DEL ESTADO?

Cierto que el texto del artículo primero de la Ley de Reforma política no niega formal y positivamente el origen divino del poder de autogobernarse; prescinde de él; entiende la soberanía de la voluntad popular a nivel humano, sin que ello indique total autonomía o emancipación de la ley natural y divino-positiva sin que se niegue la doctrina de San Pablo de que «no hay autoridad sino por Dios» (Rom. 13, I); se abstrae de las instancias teológicas del origen del poder.

Supongamos que ésta ha sido la mente de los que formularon la ley: no contrariar ni contradecir la doctrina católica sobre el origen del poder, sino reducirla, omitiendo su aspecto trascendente. Pero entonces, ¿por qué no refleja la ley esta relatividad o limitación, sino que pone tanto énfasis en la «voluntad soberana del pueblo», que constituye, según el preámbulo de la ley (no votado en las Cortes ni sometido a Referéndum) el «último

y permanente fundamento» del proceso democrático? ¿Se pretendió con ello dar un texto aceptable a una oposición laicista, agnóstica o atea? Y si a la voluntad soberana del pueblo se le señalan los límites de los derechos fundamentales de la persona, ¿por qué no los derechos fundamentales de la sociedad y los derechos más fundamentales de Dios, esto es, la ley natural y divino-positiva? ¿Se pretendió, además, dejar camino abierto a la invalidación del segundo de aquellos principios constitucionales que «por propia naturaleza son permanentes e inalterables», es decir, del principio de confesionalidad que dice así: «La Nación española considera como timbre de honor el acato a la Ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirara su legislación? Volveremos sobre este punto.

#### IV. EL PODER VIENE DE DIOS POR EL PUEBLO

Al subrayar que el poder procede de Dios, no negamos que todo él proceda también del pueblo. Una amplia tradición teológico-jurídica, que viene de Santo Tomás, alcanzó las más netas formulaciones en Francisco de Vitoria, y que fue insistentemente refrendada por la doctrina pontificia, lo afirma y razona cumplidamente. Dios que creó al hombre naturalmente sociable y naturalmente perfectible en sociedad, lo creó con poder natural de organizarse en sociedad dándose unas leyes e instituyendo la autoridad política. En este sentido el poder, sea monárquico o republicano, viene de Dios a través del pueblo. Entre los deberes-derechos naturales que trae consigo el hombre a la vida, por su condición de ser racional y libre, está éste de autogobernarse personal y colectivamente, de acuerdo con su condición humana, que no es efecto de su arbitrio, sino de Dios por vía de naturaleza. «Por consiguiente —argumenta Santo Tomás— si es natural al hombre que viva en sociedad con otros muchos, es necesario que la multitud esté sometida a un régimen, pues siendo muchos los hombres y preocupándose cada uno de sus intereses, la multitud se disgregaría en diversos afanes, si no hubiese alguno que se preocupase del bien común de la multitud» (*De regimine Principum*, I, c. I, n. 744). Y este poder gubernamental —dice en otra parte— normalmente debe proceder del pueblo, «porque el pueblo viviría en servidumbre si los principios fuesen instituidos al margen de su voluntad y no pudiese enmendar sus abusos» (*II Polit.*, lect. 17, n. 344). En la Suma Teológica explica sus preferencias por la monarquía democrática en estos términos: «Para la buena constitución del poder en una ciudad o nación hay que mirar a dos cosas: la primera, que todos participen en el ejercicio del poder, pues así se logra la paz del pueblo, y que todos amen esa constitución y la guarden, como se dice en el libro II de la Política, 6, 15. La segunda es atender a la especie de régimen o de constitución del poder. De la cual el filósofo enumera varias especies, pero las principales son la monarquía, en la cual es uno el depositario del poder legítimo; y la aristocracia, en la que el poder está legítimamente en manos de unos pocos que sean los mejores. Así, pues, la mejor constitución de una ciudad o reino es aquella en que uno obtenga la presidencia sobre todos, y por debajo de él algunos otros más idóneos participen en el go-

bierno, el cual pertenece a todos, en cuanto que todos pueden ser elegidos y todos toman parte en la elección. Tal es la mejor constitución política, justa mezcla de monarquía —por cuanto es uno el presidente—, de aristocracia —por cuanto son muchos los que participan del legítimo poder—, y de democracia, es decir, de poder del pueblo, en cuanto que los gobernantes pueden ser elegidos del pueblo y por el pueblo» (I, 105, 1).

Francisco de Vitoria, el teólogo-jurista más conspicuo en estas materias, recogió y amplió estas ideas. Basten ahora unas breves indicaciones: «Está, pues, claro que la fuente y origen de las ciudades y de las repúblicas no fue una invención de los hombres, ni se ha de considerar como algo que procede de la naturaleza misma, que para defensa y conservación sugirió este modo de vivir social a los mortales. De este mismo capítulo se infiere prontamente que el mismo fin y la misma necesidad tienen los poderes públicos que las ciudades» (*De Potestate civili*, n. 5, Ed. T. Urdanoz, BAC, p. 157). «La causa eficiente del poder civil ya se entiende fácilmente de lo dicho. Habiendo mostrado que la potestad pública está constituida por derecho natural, y teniendo el derecho natural a Dios sólo por autor, es manifiesto que el poder público viene de Dios y que no está contenido en ninguna creación humana ni en derecho positivo alguno» (*Ibidem*, n. 6, p. 158). «Y si las repúblicas y sociedades están constituidas por derecho divino o natural, con el mismo derecho lo están las potestades, sin las cuales las repúblicas no pueden subsistir... Porque, en efecto, todo lo que es natural en las cosas, de Dios, autor de la naturaleza, procede sin duda, puesto que el que da la especie o forma, como dice Aristóteles, da las cosas consiguientes a la especie o forma. Por lo cual San Pablo amonesta: el que resiste al poder resiste a la ordenación de Dios (*Ibidem*). «Y la causa material, en la que dicho poder reside es por derecho natural y divino la misma república, a la cual compete, gobernarse a sí misma, administrar y dirigir al bien común todos sus poderes. Lo que se demuestra de este modo: como por derecho natural y divino hay un poder de gobernar la república y, quitado el derecho positivo y humano, no hay razón especial para que aquel poder esté más en uno que en otro, es menester que la misma sociedad se baste a sí misma y tenga poder de gobernarse» (*Ibidem*, n. 7, p. 159).

Para un mayor conocimiento de la doctrina democrática de Vitoria, remitimos al estudio de T. Urdanov, «El sentido cristiano de la democracia y la teoría clásica del Poder público», Salamanca, 1948).

El magisterio pontificio se ha pronunciado varias veces en ese mismo sentido. «La providencia de Dios ha dispuesto que el hombre nazca inclinado a la unión y asociación con sus semejantes, tanto doméstica como civil... Ahora bien, ninguna sociedad puede conservarse sin un jefe supremo que mueva a todos y cada uno con un mismo impulso eficaz, encaminado al bien común. Por consiguiente, es necesaria en toda sociedad humana una autoridad que la dirija. Autoridad que, como la misma sociedad, surge y deriva de la Naturaleza, y, por tanto, del mismo Dios, que es su autor» (LEON XIII, *Immortale Dei*, n. 2, ed. cit., p. 191). «Los que pretenden colocar el origen de la sociedad civil en el libre consentimiento de los hombres, poniendo en esta fuente el principio de toda autoridad política... hay aquí un gran error»

(LEON XIII, *Diuturnum illud*, n. 8, ed. cit., p. 115). «En efecto, es la naturaleza misma, con mayor exactitud Dios, autor de la Naturaleza, quien manda que los hombres vivan en sociedad civil» (*Ibidem*, n. 7, p. 113). Pío XII volverá a matizar que «el sujeto originario del poder civil derivado de Dios es el pueblo» (*Aloc. a la Rota Romana*, 2-10-1945). Y el Concilio Vaticano II, que evitó en sus documentos el término «democracia» (debido, sin duda, a la ambigüedad de valor que implica; de ahí que ya Pío XII solía matizar hablando de «verdadera y sana democracia», de «sana y equilibrada democracia»), habla de la (participación del pueblo) en el quehacer político, señalando expresamente ambas fuentes subordinadas del poder: «Es, pues, evidente que la comunidad política y la autoridad pública se fundan en la naturaleza humana, y, por lo mismo, pertenecen al orden previsto por Dios, aun cuando la determinación del régimen político y la designación de los gobernantes se dejen a la libre designación de los ciudadanos» (*Constitución Gaudium et Spes*, n. 74, ed. BAC, p. 324).

## V. LIMITE NATURAL DE LA VOLUNTAD DEL PUEBLO

Ahora bien, este presupuesto teológico-jurídico del inmediato origen popular del poder en todo Estado democrático, sea monárquico o republicano, exige ulteriormente que la transferencia del poder político del ciudadano al municipio, a los organismos naturales intermedios, a las Cortes, al Rey o Presidente y a su Gobierno, no esté a merced de la arbitrariedad popular. La fórmula «voluntad soberana del pueblo» que emplea la Ley de Reforma Política se presta a ser entendida como voluntarismo político, como demoliberalismo, tantas veces y tan justamente descalificado por el magisterio pontificio. Tratándose de un derecho natural, el pueblo no puede ejercerlo arbitraria o caprichosamente en contra de su finalidad natural, so pena de perderlo, como el gobernante pierde su derecho de mandar cuando abusa del poder, al no ejercerlo en servicio del bien común de la Nación. Una ley o una institución política que sea fruto de un ejercicio electoral irracional, contrario al derecho natural o divino positivo es radicalmente inválida, y el desacato a la misma es un deber ético. Son las exigencias de la racionalidad del derecho y de la ley frente al voluntarismo político. («La ley humana —dice Santo Tomás— en tanto es ley en cuanto es con-

forme a la recta razón, y en este sentido deriva de la ley eterna. Pero en cuanto que se aparta de la razón, se dice que es ley inicua, y así no tiene categoría de ley, sino de cierta violencia» (I-II, 93, 3 ad 2). «Cuando no existe el derecho de mandar —añade León XIII—, o se manda algo contrario a la razón, a la ley eterna, a la autoridad de Dios, es justo entonces desobedecer a los hombres para obedecer a Dios» (*Libertas praestantissimum*, n. 10, ed. cit., p. 237). He ahí un límite natural, a nivel humano, de la «voluntad soberana del pueblo» en sus posibles abusos (por ejemplo, la «dictadura del proletariado») que no refleja adecuadamente el artículo primero de la Ley de Reforma Política. Lo de «vox populi vox Dei» es una generalización (que no es lo mismo que un principio) abierta a infinidad de excepciones, especialmente en un «pueblo-masa» desnaturalizado y sometido a la manipulación interesada y a las corrientes pasionales. Sobran ejemplos. En todo caso, dada la complejidad de nuestra sociedad y de su estructura política, no es el pueblo llano el que está en mejores condiciones para discernir cuáles son sus reales conveniencias, que son las del bien común. No es lo mismo votar un concejal que votar una ley electoral. La práctica del su-



fragio universal igualitario en todo lleva consigo la prevalencia de lo cuantitativo sobre lo cualitativo. Pienso, pues, que el valor de la democracia se mide más por los intereses que perciba el pueblo (bien común) que por la libertad que ejerza el pueblo en la elección del cuerpo rector; que la auténtica democracia se traduce mejor en satisfacción de derechos (siempre rectos, por definición) que en ejercicio de libertades (no siempre acertado). No se trata de contraponer, sino de jerarquizar conceptos. El ejercicio de derechos y la práctica del bien presuponen libertad, pero el ejercicio de libertad sin más no implica realización de justicia y de bondad. Pío XII prevenía de este voluntarismo democrático en su famoso radiomensaje navideño de 1944: «En contraposición con este cuadro del ideal democrático de libertad y de igualdad en un pueblo gobernado por manos honradas y previsoras, ¡qué espectáculo ofrece un Estado democrático abandonado al arbitrio de la masa! La libertad, que es un deber moral de la persona, queda transformada en una pretensión tiránica de dar libre curso a los impulsos y a los apetitos humanos, con daño para los demás. La

igualdad degenera en una nivelación mecánica, en una uniformidad monócroma; el sentimiento del honor verdadero, la actividad personal, el respeto a la tradición, la dignidad, en una palabra, todo aquello que da a la vida su valor, poco a poco se va hundiendo y desaparece. Sólo sobreviven, de una parte, las víctimas engañadas por el espejismo aparente de una democracia, confundido ingenuamente con el espíritu mismo de la democracia, con la libertad y la igualdad, y de otra parte, los explotadores más o menos numerosos que han sabido, mediante la fuerza del dinero o de la organización, asegurarse sobre los demás una posición privilegiada e incluso el mismo poder» (*Benignitas et humanitas*, n. 19, ed. cit., pp. 876-877). En fin, recordando y conjugando fórmulas políticas clásicas, diríamos con los griegos que «sobre todo la libertad», y con los romanos que «la suprema ley es el bien común» (*salus publica*), y con Cristo: «no tendrías ningún poder sobre mí, si no te hubiese sido dado de lo alto». Libertad política, en función del bien común, recibida de Dios.

(De «*Iglesia Mundo*», n.º 125-126)

### ¿LA HISTORIA MAESTRA DE LA VIDA?

Comenzado el drama, necesario es que continúe: sólo puede caber la duda sobre la duración de los actos, lo terrible de las escenas y lo trágico del desenlace.

En las revoluciones se asienta por principio que el antiguo orden legal es ilegítimo por estar en oposición con el interés del pueblo, que es la suprema ley. Más o menos explícitamente se proclama este principio cuando se entra en un nuevo orden de cosas saltando por encima de las formas establecidas; no importa que quien dé el paso sea el pueblo o el monarca, que quien hace la aplicación sea el consejo de un rey o una asamblea popular.

*Balmes. Escritos Políticos. T. II.*

# CARTA AL PATRIARCA PIMEN

A. SOLJENITSIN

Una losa sepulcral que aplasta la cabeza y disloca el pecho de los rusos ortodoxos que aún no han sucumbido: he aquí lo que pretende evocar esta carta. Todos lo saben; se ha gritado ya en alta voz, y de nuevo se callan todos irrevocablemente. Al caer sobre esta losa un nuevo y pequeño guijarro, es imposible seguir callando. A mí este pequeño guijarro me aplastó, cuando, la noche de Navidad, escuché su mensaje.

Mi corazón se encogió ante el pasaje en que, para terminar, habló usted de los niños (1). Era la primera vez, quizá desde hace medio siglo, que se hablaba de esto desde tal altura: que, junto con el amor a la patria, los padres inculquen a sus hijos el amor a la Iglesia (y a la propia fe, ¿no es cierto?), y que fortalezcan este amor con su buen ejemplo personal. Al escuchar esto, surgió ante mí mi primera infancia, con las horas pasadas en tantos oficios religiosos, y esta huella original, de frescura y pureza extraordinarias, que ya no pudieron borrar los golpes de la vida ni las teorías intelectuales.

Pero, en fin, ¿por qué dirigir solamente este noble llamamiento a los rusos emigrados? ¿Por qué invita usted a educar en la fe cristiana solamente a estos hijos? ¿Por qué advierte únicamente a sus ovejas lejanas la necesidad de «discernir la calumnia y la mentira» y de fortalecerse en la justicia y la verdad? ¿Tenemos nosotros que discernir? ¿Tenemos que inculcar o no a nuestros hijos el amor a la Iglesia? Ciertamente que Cristo ordenó ir en busca de la centésima oveja perdida, pero, esto, cuando las otras noventa y nueve están en el redil. Sin embargo, cuando faltan las noventa y nueve, ¿no deben ser éstas objeto de la mayor preocupación?

(1) Soljenitsin alude aquí a la carta de Navidad de 1971, del patriarca Pimen, y, en particular, al siguiente pasaje, dirigido a los rusos emigrados: «Queridos compatriotas que vivís allende las fronteras de nuestra patria: os dirigimos ahora una palabra de salutación cordial. Que jamás se debilita ni se apague en vosotros el amor a la Iglesia ortodoxa rusa y a vuestra patria grande. Que se fortalezcan vuestros lazos espirituales con vuestra Iglesia madre y con vuestra patria. Inculcad este amor a vuestros hijos y fortalecedlo con vuestro buen ejemplo.»

¿Por qué, al ir yo a la iglesia para bautizar a mi hijo, tengo que mostrar mi pasaporte? ¿Qué necesidades canónicas obligan al Patriarcado de Moscú a registrar las almas bautizadas? Ciertamente, hay que admirar la fortaleza de espíritu de los padres, la oscura resistencia espiritual heredada de los entresijos de los tiempos, que hace que se presten a este registro —verdadera denuncia—, para ser después víctimas de la persecución en sus lugares de trabajo y de las burles públicas de los ignorantes. Pero aquí termina su determinación; con el bautismo de los pequeños, se acaba el contacto de los niños con la Iglesia. Las siguientes etapas de la educación en la fe son cerradas herméticamente, como les es cerrada la participación, a veces incluso en la comunión, o la simple asistencia. Robamos a nuestros hijos al privarles de esta participación única, de angelical pureza, en el culto divino; no volverán a encontrarla en la edad adulta, e incluso no sabrán que la han perdido. Han aplastado el derecho a perseverar en la fe de los antepasados, el derecho de los padres a educar a sus hijos de acuerdo con su propio concepto del mundo. Y ustedes, jerarcas de la Iglesia, se han avenido a ello, se prestan a ello y ven en ello una señal auténtica de la *libertad de confesión religiosa*: siendo así que nos vemos obligados a confiar nuestros hijos indefensos, no a manos neutrales, sino a merced de la propaganda atea más primitiva y más desprovista de conciencia. Siendo así que la adolescencia, arrancada al cristianismo —sobre todo, ¡que no se contagie de él!— para toda educación moral, sólo tiene el estrecho paso que resta entre el cuaderno de notas del propagandista y el Código Penal.

El estudio de la Historia rusa de los últimos siglos nos convence de que se habría desarrollado de una manera incomparablemente más humana, más llena de mutua comprensión, si la Iglesia no hubiese renunciado a su independencia y si el pueblo hubiese escuchado su voz, como en el caso, por ejemplo, de Polonia. Pero, ¡ay!, en nuestro país, no ocurre así desde hace mucho tiempo.

Hemos perdido progresiva y definitivamente la luminosa atmósfera moral del cristianismo, en la que se mantuvieron, durante un milenio, nuestras costumbres, nuestro estilo de vida, nuestro concepto del mundo, nuestro folklore e incluso el nombre que se daba a la gente: *krestiane* (campesinos). Estamos perdiendo los últimos rasgos, las últimas características de un pueblo cristiano; ¿cómo es posible que no sea ésta la preocupación *capital* del patriarca ruso? Ante cualquier mal perpetrado en las lejanas Asia o África, la Iglesia rusa, indignada, tiene algo que decir; pero, ante sus desdichas internas, nada, nunca. ¿Por qué bajan hasta nosotros, desde lo alto de las cimas eclesiásticas, unos mensajes tan tradicionales y tan inofensivos? ¿Por qué son tan benignos todos esos documentos eclesiásticos, como si viesan la luz en medio del más cristiano de los pueblos? Con tanto mensaje inofensivo, ¿no llegará un día en que se desvanecerá completamente la necesidad de redactarlos, pues ya no habrá nadie a quien dirigirlos y no quedarán ovejas, aparte en la cancillería del Patriarcado?

Hace ya más de seis años que dos sacerdotes dignos de todo encomio, Yakkunin y Echliman, demostrando con su sacrificio ejemplar que no se ha extinguido en nuestra patria la llama pura de la fe cristiana, escribieron una famosa carta a su predecesor. En ella describían prolijamente, apoyándolo con pruebas, el voluntario sometimiento interior —rayano en el suicidio— a que ha llegado la Iglesia rusa. Le rogaban que les dijese si había en su carta algo que no fuese verdad. Pero cada una de sus palabras era *verdad*; ningún jerarca se atrevió a refutarlas. ¿Y qué respuesta les dieron? La más sencilla y la más tosca: fueron castigados. Por haber dicho la verdad, fueron apartados del servicio divino. Y usted, hasta hoy, no ha reparado esto. Y la carta terrible de los doce habitantes de Viatka quedó también sin respuesta, y lo único que se hizo fue aplastarlos. Y, también hasta hoy, vive en reclusión monástica el único arzobispo que no se dobló al miedo, Hermógenes de Kaluga, por no haber dejado que se cerrasen sus iglesias y que los iconos y los libros fuesen quemados por el ateísmo atrasado y furioso que tantos triunfos consiguió antes de 1964, en las demás diócesis.

Hace más de seis años que se grita a pleno pulmón, ¿y qué ha cambiado? Por cada iglesia en servicio, veinte son demolidas y reducidas a ruinas irreparables; sí, veinte iglesias devastadas y

profanadas. ¿Hay una visión más desgarradora que la de esos esqueletos, presa de los pájaros y de los guardianes de almacén? ¿Cuántos lugares habitados hay, en este país, que distan cien y hasta doscientos kilómetros de la iglesia más próxima? Y ninguna iglesia queda en absoluto en nuestro Norte, asilo inmemorial del alma rusa y, según todas las probabilidades, el porvenir más seguro de Rusia. Todo esfuerzo por abrir de nuevo al culto la iglesia más modesta, en virtud de las leyes unilaterales de la presunta *separación*, choca con una barrera, tanto para quien quisiera hacerla como para el donante o testador. En cuanto a tocar las campanas, ni siquiera nos atrevimos a pedirlo. ¿Por qué se priva a Rusia de su antiguo ornato, de su más bella voz? Pero, ¿se trata solamente de los templos? En nuestro país, ni siquiera puede conseguirse el Evangelio en parte alguna. Incluso el Evangelio tienen que traérselo del extranjero, como lo llevaban antaño nuestros misioneros a las orillas del Indigirka.

¿Más de seis años ya! ¿Ha sido salvado, al menos, algo por la Iglesia? Toda la administración eclesiástica, el nombramiento de los pastores y los obispos (e incluso de personas sin funciones definidas, para poder burlarse más cómodamente de la Iglesia y destruirla), todo es secretamente regido por el *consejo de asuntos* (religiosos). La *Iglesia gobernada por la dictadura de los ateos*: he aquí un espectáculo que jamás se había visto en dos milenios. Toda la administración de lo temporal y la utilización de los recursos de la Iglesia —el óbolo depositado por manos piadosas— están sometidas a su control. Con además magnánimo, se entregan cinco millones de rublos a fondos profanos; en cambio, se expulsa a los pobres de los atrios y no hay dinero para reparar el techo agujereado de una parroquia miserable. Los sacerdotes no gozan de derecho alguno en su parroquia; sólo se les permite, hasta hoy, la ordenación de ceremonias, pero sin salir de la iglesia. Y, para entrar en la casa de un enfermo, o para ir al cementerio, hay que pedir licencia al Soviet municipal.

¿Qué razonamiento puede convercernos de que la destrucción deliberada del alma y del cuerpo de la Iglesia, bajo la dirección de los ateos, es la mejor manera de *conservarla*? Conservarla, ¿para quién? Ciertamente, no para Cristo. Y conservarla, ¿cómo? ¿Por *medio de la mentira*?, Pero, *después de la mentira*, ¿qué manos consagrarán la *eucaristía*?

Santísimo Padre, no desdeñéis del todo mi indigno clamor. No es muy seguro que, cada siete años, llegue un clamor semejante hasta vuestros oídos. No permitáis que supongamos, no nos obliguéis a creer que, para los pastores supremos de la Iglesia rusa, el poder terrestre es superior al celeste, que la responsabilidad terrestre es más terrible que la responsabilidad ante Dios.

Ni delante de los hombres, ni menos en la oración, argüiremos que los obstáculos exteriores son más fuertes que nuestro espíritu. El cristianismo naciente no tuvo una tarea fácil; sin embargo, se montuvo firme y consiguió desarrollarse. Nos mostró el camino: el *sacrificio*. Quien está privado de todo poder material, alcanza siempre la victoria en el *sacrificio*. Un martirio digno de los

primeros siglos, tal fue el patrimonio de nuestros sacerdotes y de nuestros hermanos en la fe: conservamos vivo su recuerdo. Pero, en aquellos tiempos, eran arrojados a los leones, mientras que, actualmente, sólo se exponen a perder la comodidad.

Estos días, al arrodillarnos delante de la cruz levantada en medio del santuario, interrogad al Señor; ¿qué otro fin puede tener vuestro ministerio, en el seno de un pueblo que casi ha perdido el espíritu del cristianismo e incluso su rostro cristiano?

Cuaresma de 1972

Domingo de la Adoración de la Cruz

---

## LA CARA SEDUCTORA DEL SISTEMA MAS OPRESIVO

# EL COMUNISMO «LIBERAL»\*

GERARDO MANRESA

### La cara más dulce del sistema más opresivo

A cualquier ser humano que haya podido vivir, conocer o tan sólo oír hablar de las diferentes opresiones que se sufren en el mundo actual y no tenga complejos políticos, la que más aterra es la que se sufre bajo el comunismo. No es difícil contestar la causa, ya que salta a la vista. Cualquier régimen de opresión conocido hasta ahora ha dejado dentro de sus fronteras, al menos, la libertad suficiente como para ser derrocado; sin embargo bajo ningún régimen comunista no se ha dejado, hasta el momento, ni el más mínimo átomo de libertad para ello.

Esta situación, de temor de los hombres, ha motivado que el comunismo internacional tuviera que cambiar la forma de actuar para lograr la más ansiada de sus ilusiones: *la dictadura del proletariado*, aunque parezca que se renuncie a ella.

### El eurocomunismo

Esta nueva orientación para lograr el acceso al poder mundial es la muestra más palpable del satanismo que lleva en sí el comunismo y que confirma las enseñanzas de la Iglesia de que es *intrínsecamente perverso*.

La acción comunista irá, a partir de ahora, primordialmente a la conquista de la sociedad, minando las relaciones familiares, morales, de cultura, etcétera. No se propugnan cambios graves, sino transformaciones culturales profundas y... no violentas. No se plantea ya la lucha entre burgueses y proletarios sino entre integristas y progresistas y también entre fascistas y antifascistas.

Una vez transformada la sociedad civil y disuelta la antigua concepción del mundo (trascendente y católica) por medio de los intelectuales de la nueva cultura inmanentista, mundana y atea, el Estado caerá fácilmente en sus manos, según proclaman.

\* Las notas y datos han sido tomados del artículo «EUROCOMUNISMO» de Pablo A. Moreno. Revista PALABRA. Febrero 1977.

«Como toda la clase social ascendente, el proletariado crea sus vanguardias de teó-

ricos y de dirigentes, sus “intelectuales orgánicos”.

»A éstos incumbe la misión de ganar la guerra cultural, de realizar un nuevo “bloque histórico”, es decir, una sociedad en que la clase predominante en la infraestructura adquiera, a nivel de la superestructura, consciencia de su función real, de sus propios valores y del papel histórico que le atañe.

»Mediante una “labor de termitas” el proletariado va a substituir la hegemonía de la burguesía por su propia hegemonía cultural. Para ello es preciso que se unifique el proletariado al mismo tiempo que es imprescindible ganarse a otros grupos sociales: crear una sensibilidad nacional-popular. Gramsci sugiere la producción y utilización de una literatura en la que todos se reconozcan, movidos por sentimientos familiares e interesados por cuestiones nacionales.

»Tal revolución cultural tiene, entre otras una meta clara: implantar una nueva sociedad materialista desde sus mismos cimientos, suprimir la idea de Dios en todas sus manifestaciones. En la familia, en la escuela, en el arte, en la política, en la ley. Es preciso —dicen— construir una nueva moral, no cristiana: “un nuevo sentido común”, una forma de pensar distinta, basada en los presupuestos nuevos (los marxistas). Gramsci llega a escribir que es preciso substituir antiguos proverbios, que tienen su origen en la visión cristiana de la vida —por ejemplo, “A Dios rogando y con el mazo dando”—, por otros, también sencillos y al alcance de todos, pero basados en el materialismo histórico.»

Esta es la nueva forma del comunismo: el eurocomunismo. Sus miembros no hablan como los otros comunistas de Marx, Engels, ni incluso de dictadura del proletariado, incluso dicen que renuncian a ella, pero luchan por el monopolio cultural de la sociedad que es la dictadura ideológica y la sumisión de todas las mentes a su voluntad.

El nuevo método sustituye las manifestaciones callejeras por la dialéctica en las Universida-

des, en la prensa, cine y todos los medios de comunicación. El cambio de actuación no impide, sin embargo, que se aprecie el cariz ateo y anticristiano que tiene el marxismo.

### La enseñanza, punto clave

«A priori» parece que el plan que se proponen es tan ambicioso que es inalcanzable, pero si se piensa en el poder satánico que lleva consigo el comunismo no debe extrañar que arrase todo lo que le salga a su paso y que caiga en su dialéctica. Solo desde fuera de ella se puede intentar parale y únicamente la Verdad y el Amor pueden destruirlo. Por ello quieren borrar del mapa lo que llaman los viejos mitos de la Fe o de la cultura, que no son otra cosa que los valores perennes implantados en el mundo por la sociedad cristiana. Para ello se sirven de cualquier persona sea católico, sacerdote, monja o burgués liberal y ateo, que le ayude a fomentar esta disolución aunque sea de forma imperfecta y parcial.

El eurocomunista tiene principalmente dos zonas de actuación en la sociedad que son el campo cultural y el campo político-social.

En el campo de la enseñanza, «apropiándose de la mayor parte de los instrumentos de difusión cultural, desde las editoriales hasta las escuelas y los **mas media**». En algunos países se está produciendo un auténtico asalto a las cátedras, no sólo universitarias, sino también de enseñanza media y primaria. El acceso masivo a la enseñanza ha producido un aumento del cuerpo docente, que ha provocado un reclutamiento apresurado y la consiguiente facilidad para acceder a estos puestos de enseñanza. Esto en cuanto se refiere a la enseñanza pública. En cuanto a la privada habría que tener los ojos y los oídos cerrados para no observar cómo está siendo objeto de numerosos ataques por parte de diversos grupos de orientación marxista. Si el asalto a la educación pública es más sencillo y viene exigido por la táctica gramsciana, conquistar la enseñanza privada es más difícil, porque no les resulta fácil introducirse en ella, ya que los principios y los fines que persiguen les excluyen, y no

es previsible que sean llamados a enseñar en ella quienes sean conocidos como marxistas. Por tanto, sin despreciar los intentos en ese sentido, los caminos para hacerse con la enseñanza privada son dos: uno, el proselitismo para conseguir que quienes ya están introducidos se conviertan al marxismo, bien sea mediante una labor personal, bien sea mediante la implantación, por ejemplo, de textos de contenido marxista; otro, más costoso y laborioso pero más eficaz, su supresión.»

### Una política «abierta»

En el campo político-social toman lo que se ha dado en llamar una postura abierta y liberal, que no es más que estar constantemente en oposición a todo lo que representa una concepción cristiana de la vida. En este campo encuentran muchos apoyos de gente no marxista pero sí liberal. Ejemplos de ello son innumerables, como es fomentar la inmoralidad pública y privada, propagación de publicaciones anticristianas y ateas, defensa de la sociedad de consumo, etc... Políticamente las batallas del divorcio y del aborto son victorias que deben alcanzarse para la descristianización de la sociedad. También políticamente actúan para lograr el monopolio de la enseñanza porque «ganar la batalla de la escuela es ganar la batalla de la cultura porque solo una sociedad con escuela cristiana puede vivir una cultura cristiana».

En los países de tradición cristiana se ha notado en los últimos años que en medios intelectuales católicos se ha ido olvidando y anulando todo pensamiento tradicional y la historia no se explica más que a través de categorías marxistas. En estos países, los católicos que intervienen en política activamente se han dejado inundar totalmente el campo de la enseñanza por los marxistas, sin darse cuenta de que en la enseñanza y en la formación de los jóvenes se garantiza la continuidad de la sociedad cristiana.

En países de tradición no cristiana no existe para los marxistas problema alguno, ya que los filósofos anticristianos o ateos han llevado al pueblo a una sociedad sin Dios.

El nuevo comunismo, al igual que el viejo, quiere destruir la religión del Dios hecho hombre, pero han observado que la persecución cruenta es un camino muy difícil para llevarla a cabo y han escogido el sistema del *compromiso* para llegar a ejecutarlo. Todas las formas de la teología moderna o desmitificadora están en la mente de Gramsci, marxista italiano y padre del eurocomunismo.

Para estos marxistas es mucho más importante un pacto con políticos católicos que con cualquier partido de izquierdas.

El resultado del compromiso es claro, tal como lo expone Gramsci: «La incompatibilidad del marxismo con cualquier tipo de fe religiosa es tan fuerte, que esos grupos de colaboradores acabarán en la apostasía. Estos grupos amalgaman, ordenan, vivifican y al final se suicidan».

### Nuestra labor como cristianos

Esta es la situación en muchos países y por desgracia España es uno de ellos y es un deber de los católicos conseguir volver a asentar los principios y forma de vida cristiana en la sociedad.

Dice el Concilio Vaticano II que compete a los laicos esta función, por lo tanto debemos luchar sin desfallecer ni en la oración ni en la acción para conseguirlo.

El restablecimiento del orden cristiano en la sociedad no es una tarea fácil sino más bien ardua para nuestras fuerzas, pero hemos de buscar en la vida espiritual las energías para mantenernos valientemente en estado de lucha, porque estamos convencidos de que la única forma de vencer al comunismo es lucharle con la fe y la caridad.

El mayor peligro que se presente en esta empresa no es el comunismo sino nosotros mismos, el respeto humano, el miedo a que la sociedad «liberal» y «democrática» se ría y burle de nosotros. Aquí está todo el secreto de la victoria sobre esta nueva forma del comunismo que está buscando acabar con la fe en la tierra. Si nos sobreponemos a ello habremos cooperado en nuestra medida a la venida del Reino de Cristo.

# LA ESCLAVITUD DE HUNGRÍA EN LAS MEMORIAS DEL CARDENAL MINDSZENTY

NARCISO TORRES RIERA

«Cuando en los corazones vacila la ley natural, sólo hay un medio para poner remedio a esta rotura de los diques en la sociedad: una profunda vida espiritual». Este es uno de los exponentes de las memorias del Cardenal Mindszenty, mártir de Hungría; sus confesiones son documentos y testigos implacables «para que el mundo conozca el destino que el comunismo les prepara». Una etapa de este plan diabólico, que en este artículo veremos, es el desarrollo de cómo los comunistas se apoderaron, dirigidos desde Moscú, de la nación húngara, Reino Mariano por excelencia y donde la tradición coloca a la Iglesia Católica como biminaria.

## Ocupación de las fuerzas rusas

Tras la derrota de los alemanes Hungría fue ocupada por los ejércitos soviéticos. Esta ocupación hecha en octubre de 1944 fue ya entonces una solemne invasión, o en otras palabras apoderarse de una nación libre para esclavizarla y sujetarla a los controles del alto mando ruso para abusar, hacer rentable y someter, con el pretexto de fuerzas liberadoras de la opresión nazi, la nación húngara, que se convirtió en uno de los caprichos más a los que nos tiene acostumbrados el Soviet supremo en sus ansias de poder y de «redención». Hecha la ocupación de Hungría por parte del general ruso Vorochilov, los comunistas húngaros y soviéticos tenían (sin necesidad, sino por táctica para futuras invasiones) que dar a la opinión pública nacional y mundial una apariencia de que los comunistas eran ante todo «liberadores», pacíficos y más democráticos que nadie. En este sentido dirigen un mensaje al pueblo húngaro lleno de afecto y buenas intenciones: «Húngaros: el Ejército Rojo os exige que permanezcáis en vuestros puestos y prosigáis vuestro trabajo pacífico. Los sacerdotes y los fieles pueden proseguir sin obstáculos sus prácticas religiosas». De momento los húngaros tenían permiso

para rezar por lo menos. Lo más indignante es que, a la vez, en su hipocresía para tranquilizar las almas sencillas «miembros del partido comunista asistían a los oficios divinos, frecuentaban los sacramentos, tomaban parte en las procesiones con sus distintivos. Brigadas comunistas cooperaron en la reconstrucción de los templos bombardeados. En casi todos los casos exigían certificación escrita de esta colaboración y luego la publicaban en los periódicos».

## Acción contra la Iglesia

En los días sucesivos «se inflingieron a la Iglesia tres duros golpes». El primero fue la expropiación de bienes materiales, el segundo el control centralizado de todas las publicaciones: periódicos, revistas, libros, etc., de esta forma «los maestros quedaban obligados a adoptar el marxismo como base de su labor educadora»; el tercero la introducción obligada de la ley del divorcio para destruir la familia y así toda la tradición católica. «Hay que precisar, continúa Mindszenty, que todo esto se efectuó muy lentamente».

## Las primeras elecciones

Una vez que se había puesto en marcha la planificación premeditada para corromper a las buenas gentes el siguiente paso a dar en noviembre de 1946 fueron las elecciones democráticas, para que el gobierno húngaro fuese auténticamente representativo. El partido vencedor de estas primeras elecciones fue «el Partido de los Pequeños Propietarios que salió vencedor de las elecciones con un 57'7 por ciento de los votos. En su programa había hecho solemne promesa de defender y hacer realidad los principios cristianos. El resultado de las elecciones significaba una protesta, hecha con gran vigor, contra las exigencias de poder del comunismo. El partido comunista

había obtenido tan sólo el diecisiete por ciento de los votos emitidos, pero de éstos, una buena parte los consiguió tan sólo mediante corrupción, engaño y terror». Para los comunistas este paso atrás les era insignificante y previsto. En efecto el Mariscal ruso Vorochilov impuso un Gobierno de Coalición exigiendo «para los comunistas el ministerio del Interior», además de obligar al nuevo Gobierno «a que repartieran las carteras ministeriales en una proporción del cincuenta por ciento». Con lo cual se demuestra que las elecciones sólo fueron una farsa por parte de los comunistas que abrigaban otras intenciones, lejos por supuesto de respetar un consenso mayoritario.

### **Empieza el chantaje político**

El nuevo presidente del Gobierno, Zoltan Tildy, era hijo de un pastor protestante, que fue ejecutado por los nazis. Por ello Tildy era un hombre resentido y procomunista. Tildy, cediendo a la presión soviética, hizo un gobierno de coalición organizado del siguiente modo: ocho representantes del Partido de los Pequeños Propietarios, tres del Social-demócrata, tres del Comunista y un miembro del partido Campesino. El ministro del interior, obedeciendo consignas de Moscú, hizo que la policía buscara y naturalmente hallara «un material acusatorio de suficiente entidad como para poder procesar a algunos dirigentes del Partido de los Pequeños propietarios», lo cual permitió a los comunistas efectuar el consiguiente chantaje político. Una de las primeras exigencias o consejos de la oposición fue «abolir el milenarismo húngaro para proclamar la República», lo cual se hizo con dictatorial y vergonzoso silencio sin plebiscito alguno, que en este caso es necesario para poder reformar la Constitución de un país.

### **La táctica comunista**

Esta labor destructiva contra la Iglesia Católica y sus fieles estaba muy planeada por los comunistas, quienes forman «una especie de religión con sus dogmas y su organización jerárquica», engañando a las gentes que de buena fe están «prestas a ponerse en favor de los pobres y los menesterosos y desear un orden humano más justo. Estas gentes no tardan en convertirse las más

veces en PEONES de los comunistas. Su colaboración proporciona al movimiento marxista un beneficio propagandístico. No son pocas las ocasiones que se ganan a estos simpatizantes con vacías promisiones sobre la igualdad de todos los humanos, la erradicación del dolor, la constitución del Estado, del bienestar y la existencia de una sociedad sin clases en el mundo libre. Precisamente por tal causa, la ideología comunista sólo puede obtener sus resultados allá donde se han resquebrajado los fundamentos religiosos de un pueblo y donde la razón, la FE en DIOS y la MORAL oponen una insuficiente resistencia a semejantes ideas». La erradicación total de la Fe católica es una petición de principio dentro de la filosofía comunista, cuyos líderes «adiestrados en Moscú aludían los derechos humanos y la libertad de conciencia con el tono que hubieran podido hacerlo los políticos burgueses occidentales. De ahí que los comisionados por los soviéticos consiguieran engañar incluso a personas religiosas. Enmascararon al comunismo con un auténtico partido democrático y de sus escritos y discursos se podía extraer la conclusión de que también los más estrictos católicos podían colaborar sin reservas con los comunistas y darles sus votos».

### **La ley de los verdugos**

Entretanto un grupo de diputados húngaros encabezados por Dezsö Sulyok se opusieron a las ya vigentes leyes constitucionales. «Los comunistas astutos y calculadores le ofrecieron la Presidencia del Consejo de ministros». Sus ansias de poder eran mayores que la convicción de sus principios y accedió a no interferir el proceso anti-constitucional, que, una vez conseguido, no favoreció a Sulyok, sino a Ferenc Nagi, hombre, como es de esperar en estos casos «por completo inexperto en asuntos de gobierno». Esta hábil, pero no menos perversa, maniobra obedecía a que los rusos querían dar base legal a su continua injusta represión y terror: «los rusos consiguieron así que Nagi presentara aquella Ley de Defensa de la Nación para la protección del Estado y la República», que fue aprobada en el Parlamento conociéndose antes de la votación, «que se tomarían medidas de represalia por parte de los rusos en caso de que se rechazara el proyecto de ley en cuestión... Aparecía bien claro que trata-



*ban con ello de dar una base legal a sus acciones policíacas y sus múltiples presiones. El pueblo denominó muy pronto aquella ley LA LEY DE LOS VERDUGOS».*

### **Prohibición de las escuelas religiosas**

Las inhumanas consecuencias de aquella ley llegaron pronto. La policía, ya soviética, realizaba registros por doquier, sobre todo en instituciones y escuelas religiosas, que *«fueron calificadas de semilleros de reacción»*, con la finalidad de que la opinión pública relacionase todo lo religioso con lo antipatriótico y absolutista. La iglesia católica pasaba así por *«un peligro para la democracia»*. Por ello, *«se exigía la supresión de la asignatura obligatoria de religión y la nacionalización de las escuelas religiosas. Se alegaba que semejantes reformas eran una realidad desde hacía mucho tiempo en los Estados democráticos occidentales. Igual resultaban necesarias en Hungría, tanto más cuanto las escuelas religiosas, a diferencia de las estatales, impartían un sistema de enseñanza antidemocrático y reaccionario»*.

### **El diálogo con la oposición**

La acción de los comunistas se dirigió también a desprestigiar lo que representaba el Partido de los Pequeños propietarios como gobierno legal. Para conseguir esto exigieron al Gobierno el diálogo con la oposición para decidir asuntos importantes: *«desde hacía algún tiempo los comunistas habían impuesto la exigencia, cada vez más imperiosa de que determinados problemas de gobierno se solucionasen mediante conversaciones entre los jefes de los partidos. Las atribuciones del gobierno quedaban así recortadas, puesto que muchos asuntos se solventaban en aquellas conversaciones entre los dos partidos, con exclusión asimismo de cualquier intervención parlamentaria. Los dirigentes del Partido de los Pequeños Propietarios no supieron reconocer el papel contraproducente que los colaboradores jugaban ahora en sus propias filas, ni mucho menos las intrigas de los marxistas, mejor adiestrados y más prácticos en todos aquellos manejos políticos»*. Con todo esto los comunistas conseguían que el Gobierno, cediendo a este diálogo, que es ilegal sin duda, para que nadie pudiese decir que

no era demócrata o reaccionario, irritase a los electores que habían confiado su voto al gobierno legalmente constituido y no a este compromiso histórico, especie de mediocridad incompetente que con este diálogo democrático en la ilegalidad favorecía a los comunistas por el desprestigio que causaba al gobierno legal, que quedó como traidor y perjuro, además de caer en la ingenuidad de confiar en quienes nunca han sido, son y serán democráticos y respetuosos con nada: es decir los comunistas.

### **La conjura fantasma**

Los comunistas aceleraron su *«proceso democrático centralista»* por medio del ministro del interior con purgas legales que se sucedían ininterrumpidamente. La táctica, para marxistizar a todo el Gobierno consistía en detener a sospechosos bajo la acusación de conjura republicana y obligar a los detenidos a confesar en contra suya: *«en diciembre de 1946 los comunistas pasaron a la violencia, fueron detenidas diversas personalidades del Partido de los Pequeños Propietarios... Aquellas denominadas confesiones admitían la existencia de una conjura antirrepublicana. En dicha conjura estaban complicadas —según dichas confesiones— diversas personalidades de primera fila»*. La espada de Damocles se situó en cada esquina, en cada pequeño rumor, el terror conseguía su máxima rentabilidad. *«Los conjurados comparecieron ante un tribunal popular. Los acusados, cuyo estado de AGOTAMIENTO E INTIMIDACION era bien patente, declararon contra sí mismos»*.

### **El segundo gobierno**

La consecuencia de un tal escándalo no se hizo esperar. Ferenc Nagy se vio obligado a formar su segundo gobierno más comprometido que el primero; este colaboracionismo no disminuyó el terror y la represión injusta, sino que se acrecentaron: *«El pretexto de la conjura facilitó a la policía la detención de dirigentes y miembros del Partido de los Pequeños Propietarios. Los encarcelamientos se sucedían semana tras semana. Las confesiones hechas por aquellos a los que se había detenido primeramente provocaron una reacción en cadena. Dependía por entero de la ME-*

*JOR o PEOR voluntad de los comunistas seguir libre o ir a parar al fondo de un calabozo». La imposición de marxistizar al pueblo para instaurar la dictadura comunista estaba cuajando gracias a estos satánicos e impúdicos esfuerzos.*

### El Consejo Nacional

Conseguido el dominio del Gobierno, los comunistas mediante una favorable ley electoral aprobada el 25 de junio de 1947 convocaron elecciones para los cargos del Consejo Nacional. Las elecciones tenían que celebrarse, por decreto ley, el 31 de agosto del mismo año. El motivo de la precipitación estaba en que *«los comunistas, que habían conseguido una posición de poder hasta entonces ilegal, deseaban dar por menos una apariencia de legalización. Su anhelo era alcanzar con rapidez el objetivo hacia el que se movían: implantar el comunismo según el modelo soviético. La nueva ley electoral exigía una nueva exposición de las listas de votantes. Al efectuar la expedición de los certificados de votantes, operación vigilada por el ministro del Interior, fueron omitidos de manera masiva los nombres de aquellos ciudadanos de los que se sabía que el partido marxista no podía contar con sus simpatías. Cerca de un millón de personas quedaron así excluidas de las listas. Se les robó su derecho al voto. Entre los afectados se encontraban muchos sacerdotes y religiosas»*. El chantaje, con el fin de ganar y presumir de adeptos para identificarse con el ficticio clamor popular, llegó hasta las capas más ínfimas en donde la gente sencilla habíanse visto *«obligados a ingresar en un partido que está muy apartado de sus conciencias, para poder así evitar la persecución política, la inclusión en las listas negras o la pérdida de un puesto»*.

### Las segundas elecciones

A las elecciones concurren 6 partidos políticos que se desglosaron en dos bloques:

1. *Los no comunistas:* los partidos liberal y húngaro independiente.
2. *Los comunistas:* los partidos Nacional Campesino, Pequeños propietarios, Comunista y por último el Social-demócrata.

Tras muchísimas irregularidades, como *«excursionistas que iban a distintos distritos electorales con camiones y autocares consiguiendo muchísimos votos ilegales»*, en favor del segundo bloque, cuyo pluralismo democrático era igual a los mismos perros con distintos collares, el resultado de las elecciones del 31 de agosto de 1947 fue el siguiente: de 5 millones de electores el 40 % de votos fue para el primer bloque, y el 60 % para el segundo. El partido que se autodenominaba Comunista obtuvo el 22 %, pero como los partidos Nacional Campesino (9 %), Pequeños Proprietarios (15 %), Social-demócrata (14 %) eran aunque con otros nombres y otros programas, comunistas, *«de esta manera, la Asamblea Nacional quedó convertida en dócil instrumento de los dictados comunistas»*, salvándose así la apariencia de pluralidad de fuerzas democráticas, y el País estaba en sus manos de forma legalmente ilegal.

### Conclusión

El éxito y el triunfo comunista en Hungría y en donde sea realmente no se explica a no ser por el engaño constante, por el terror que efectúa, por el miedo que produce, por su inspiración satánica palpable. El comunismo sólo tiene un enemigo invencible: La Iglesia Católica, anttesis de Satanás y su corte. Por ello el medio más eficaz para luchar contra el comunismo es, como dice el Santo Cardenal, *«poner nuestro destino en las manos de Dios por medio de su Santísima Madre»*, porque *«si hoy en día algo precisa destacarse como merece, es la mirada limpia y la fuerza de voluntad de los hombres católicos. Los humanos combaten en favor de opciones y opiniones diversas, inclusive aquellos que no tienen pasado. Por ello es cada vez más necesario organizarse para la DEFENSA DE LA FE, con la fortaleza que presta la SANGRE DE CRISTO Y SU RESURRECCION»*, o lo que es lo mismo, la perseverante oración al Corazón de Cristo, única garantía no sólo de la paz, sino de la Sociedad, que sin este Fundamento muere inexorablemente, pues satanás y su corte son la negación y la contradicción continua, o sea el príncipe de la discordia. Sólo Cristo, Hijo de Dios Vivo es EL CAMINO, LA VERDAD y LA VIDA.

# LLAMAMIENTO A LA SANTIDAD, ELLA SOLAMENTE PUEDE RESOLVER LOS PROBLEMAS HUMANOS

CARLOS ETAYO

El pasado miércoles día 23, don Abelardo de Armas, pronunció su anunciada conferencia en el Salón de Actos de las Madres Dominicanas organizada por el Círculo Virgen del Camino de Pamplona.

Después de un preámbulo recordó el orador como la multitud fue reunida en Asamblea para decidir la suerte de Jesús y Barrabás y como, manipulada por los Pontífices y los Fariseos, consiguió la liberación de Barrabás y exigió la Crucifixión de Cristo. Y ello a pesar de que en aquella multitud estaban muchos de los curados por Jesús y de los que le habían aclamado tres días antes. Típica conducta de las Asambleas.

Entonces Pilato intentó por otro procedimiento liberar a Jesús; se le ocurrió flagelarlo. Era la flagelación un suplicio espantoso, en el que morían muchísimos de los flagelados. Cristo, en la espalda, según el sudario de Turín, recibió ochenta pares de golpes; de uno de los instrumentos que emplearon: el flagium. Después fue escarificado, golpeado, escupido, por los legionarios romanos. Y le colocaron una corona de espinas en forma de casquete en la cabeza— como también muestra el sudario de Turín.

Y con aquella corona, una caña en la mano para burla y un trapo rojo, fue presentado Cristo al pueblo; todo su cuerpo sanguinolento con coágulos y pedazos de carne colgando. Y narra el Evangelista: «Entonces Pilato tomó a Jesús y lo sentó en el Tribunal...»

«Y ésta es la imagen de la que yo me quiero servir para hacernos a todos meditar en esta Semana Santa. Y por mucho tiempo» —afirmó don Abelardo—. La escena tuvo lugar en un gran Patio embaldosado ocupado por una multitud vociferante, detenida en el primer escalón de una escalinata por una línea de legionarios romanos. Y al final de la escalinata, en lo alto, el trono, el

tribunal del Procurador Pilato y más soldados alrededor de aquel trono: «Y Pilato sacó a Jesús y lo sentó. No se sentó Pilato. Se debería de haber sentado para dar sentencia, pero sabemos por el Evangelio que las palabras que dijo fueron: «Ahí tenéis a vuestro Rey». Entonces la multitud comenzó a agritar: «¡Quita!, ¡Quítale de delante!»

—«¿Y qué hago con vuestro Rey?»

—«¡Crucifícale!»

—«¿A vuestro Rey he de crucificar?»

—«¡Nosotros no tenemos Rey sino a César!»

Esta imagen es profundísima. Pilato profetizó sin darse cuenta: «—¿A vuestro Rey he de crucificar? ¿No es este vuestro Rey? ¡Este es vuestro Rey!»

—«No, no, ¡quítale de delante!»

Es que a este Rey no le queremos admitir aquí.

Este es el drama de veinte siglos a esta parte.

Y lo rechazamos también nosotros hoy. Es que este Cristo no nos interesa. Al Rey que hace milagros, al que multiplica panes, a ése sí lo queremos coronar, pero a Jesucristo, a Jesús Nazareno que en plan de burla llevan a la Cruz, ése que será reconocido como Rey únicamente por un ladrón, ése, no nos interesa...

Y cada vez que Jesús interviene en nuestras vidas para reproducir en sus miembros, en nosotros, de nuevo su Pasión, para la salvación del mundo, porque, como dice San Pablo: «Yo completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo», lo rechazamos.

Nosotros queremos otra cosa. Queremos incluso ser santos, pero ser santos por otro camino.

Ante esta imagen de Jesús hemos de quedarnos mirándola y, al menos dos días de esta Semana Santa hemos de tener este cuadro delante de nosotros e ir reflexionando, reflexionando para acabar diciendo: DIOS MIO, MI DIOS Y MI TODO, QUE SOLO TE DEJAMOS:

Porque es que yo también te dejo solo, yo también te rechazo.

¿Tú me quieres? —pregunta Jesús— me dejas que mi realeza se manifieste en ti así hecho un guipaño, destrozado...

—¡No! ¡No! ¡Quítate de delante!

Nosotros queremos poseer, queremos riquezas, sea riqueza material sea riqueza espiritual de dones, de talentos, de honores, de que nos alaben, de triunfos.

Odiarnos el fracaso, tenemos un miedo terrible a todo lo que suponga sufrimiento, a que se nos critique, a que se hable mal, a que se nos moteje de anticuado, de fascista, de carcar, de lo que sea.

Dios tiene sus planes y quiere otros Cristos que pasen por las mismas fases de su Pasión, pero nosotros va y le decimos, —No, no fuera, quítate de delante—. No le miramos a él para entender que aquel que quiera seguir sus pasos tiene que quedarse solo y despojado de todo.

Es la gran lección que nos da Jesús por seguir la VOLUNTAD DEL PADRE QUE ESTA EN LOS CIELOS.

Jesús vivió en soledad, en soledad incomprendida.

No le entendieron sus parientes que hasta le fueron a buscar en una ocasión pensando que estaba loco.

No le entendieron los de Nazaret, sus paisanos que hasta quisieron despeñarlo, no le entendieron ni los fariseos ni los escribas que en su gran mayoría se le opusieron.

Ni las masas que le seguían para que curase a los enfermos y remediase sus necesidades pero que ni una sola vez le presentaron a alguien para que le perdonase los pecados.

No le entendieron en multitud de ocasiones sus mismos apóstoles que confundieron frecuentemente el Reino Eterno de la Iglesia en los Cielos con triunfo de Israel...

Vivió incomprendido. En soledad.

Solo en la cruz y ante la muerte, abandonado un momento hasta por el Padre del Cielo: «¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado!»

Y solo en la Eucaristía, misterio de fe donde se prolonga la presencia de Jesús entre nosotros. Soledad de Jesús en la Eucaristía. ¡Cuánto habría que hablar hoy de esta soledad de Jesús en la Eucaristía...!

Asistimos a una desbandada, aun de las almas consagradas, hacia los televisores. Y aun

en las mismas casas religiosas que poca gente se ve de rodillas ante el Sagrario. Y cuanto tiempo se pierde ante un televisor...

Cito el orador varios casos de abandonos, desprecios y profanaciones, casos recientes en la España de hoy.

Soledad de Jesús en multitud de casos. Y, sin embargo a nosotros ¡qué trabajo nos cuesta el quedarnos solos!, y más quedarnos solos, no frente al enemigo, sino frente a hermanos de la Iglesia que critican sin darse cuenta que Dios está haciendo su labor, ahí.

Y más aún nos cuesta que Dios vaya desnudándonos de las cosas que tenemos, y dejándonos en pobreza. Nos resistimos. Y sin embargo Jesús se ha dejado despojar de todo, de su Gloria al bajar del Cielo a la Tierra, de su autoridad al obedecer a María y José, de su sabiduría durante su humilde vida de carpintero, de su voluntad, haciendo siempre, ¡siempre! la voluntad del Padre del Cielo, aunque se resiste un momento en la agonía de Getsemaní: —«Padre si es posible pasa de mí este cáliz PERO NO SE HAGA MI VOLUNTAD SINO LA TUYA».

Se ha despojado de sus amigos que le han abandonado todos.

Ahí está Jesús sentado en el trono, juzgando a todas las generaciones y presentándoseles así. Y Pilato diciendo: «AHI TENEIS A VUESTRO REY».

Y de esta sala tenemos que salir nosotros esta noche, buscando ratos de silencio para decir: —Sí, Señor, tú eres mi Rey y yo te acepto ASI.

Y si aceptamos así a Jesús entonces cambia radicalmente nuestra vida y no nos importa coger el último lugar y hacernos esclavos en la práctica de la caridad cristiana.

Y hoy más que nunca hacen falta estos santos, testigos vivientes de lo eterno, que se dejen manejar por Dios, que él coja, haga y deshaga. Porque necesita un grupo de almas que se deje manejar para la salvación del mundo. Dijo Cristo «Conviene que uno muera, vosotros no lo entendéis pero conviene que uno muera para la salvación de todos». Y este uno que muere ahora soy yo. Cada uno de los que estamos aquí.

Y si aceptamos nosotros este plan vamos difundiendo la paz en el mundo a nuestro alrededor. Y es la única solución.

Cito al respecto un hecho que le sucedió a él cuando tenía nueve años y a un hermano suyo de once, como en una excursión, otro muchacho de

18, les quitó una lata de carne, y teniendo más fuerza, estaba además pegándole a su hermano, Abelardo acudió en su defensa y golpeó con una lata en la cabeza del que agredía a su hermano; éste, medio atontado pasó a ser el débil y fue golpeado y perdió sus latas...

Aquello no fue si no invertir la situación. Un mero cambio de opresor. Así no se arreglan las cosas. Quedan unos encendidos en odio y recomienzan las luchas. Fíjense ustedes en cambio en otra situación, resuelta por el amor.

El protagonista es un muchacho de 17 años, de Madrid, que marchaba en un día festivo hacia su casa y al atravesar un solar, le salió al encuentro una de esas bandas de muchachos que abundan ahora en Madrid. Se le acercó uno con una navaja y le dijo: —Dame un duro—, —No tengo un duro—, le cogieron del cuello, se lo aprietan, le dan un bofetón y le apremian: —Que nos des un duro...— Y entonces el otro, tranquilísimo, sintiendo una gran pena por ellos, metió una mano en el bolsillo, sacó un crucifijo diciéndoles: —Esto es lo que tengo. Y les dio el crucifijo.

Lo cogieron y en plan de broma comenzaron a decir: Oye, mira, éste nos da un crucifijo... y a poco, bueno ¿pero tú que haces? ¿te vas a meter cura?

—No, pero esto es mi riqueza, y la llevo conmigo. Yo hasta hace poco, vivía como vosotros, vengo de tener una reunión con un grupo de chicos con los que hice unos ejercicios espirituales. Y ha cambiado mi vida y estoy muy contento. En cambio vosotros ¿os sentís felices? ¿A que no? Entonces le contaron que hacían aquello un poco por diversión otro poco por sacar dinero, y entretanto el crucifijo iba pasando de uno a otro, de uno a otro, les exhortó a cambiar de vida y al final les dijo: —Bueno, mirad para que no vayáis a meteros con algún otro os voy a dar lo que tengo y sacó todo el dinero que tenía. Se lo rechazaron diciéndole —no, si también nosotros tenemos dinero... de verdad.

Se sintieron amigos y al final el asaltado se despidió de ellos diciéndoles:

—Ah...!, ¡joye! Confesaros.

—Sí, sí, descuida, que lo haremos.

Así es como se salvan almas, imitando a Jesús y dejándonos matar si es preciso. Y poniendo amor donde no hay amor.

Y en un mundo en el que se está sembrando la dialéctica del enfrentamiento —porque interesa a algunos— dividiendo a padres e hijos, patrones

y empleados, razas, naciones, regiones, etc., quedaríamos nosotros haciendo una labor unitiva, que es la que hace el Amor.

El pecado, dice San Agustín, fue servido en bandeja de soberbia, la Salvación nos la da Jesús en cáliz de humildad. La soberbia disgrega, el egoísmo separa y es el que domina hoy el mundo. Pues vivamos nosotros para amar. Empezando por el amor de Dios, porque si no el otro, el que tenemos que tener para volcarlo en los hermanos no tendrá raíces de amor divino. Y no será para el Bien.

Busquemos la línea vertical y después volquémosla en la horizontal, en la propia familia, en la vida cotidiana, a veces buscamos heroísmos grandísimos que no llegan y abandonamos los deberes ordinarios.

En la Empresa, si soy empresario o si soy obrero debo pensar en los problemas del otro y empeñarme con toda mi alma en resolverlos generosamente. Dispuesto a dar la vida por ello. Es lo que Cristo nos ha venido a pedir: «Amaros los unos a los otros como yo os he amado», no amar a los amigos, que eso lo hacen los paganos. Amar a los enemigos.

Consideremos la figura de Jesús que hemos evocado —AHI TIENES A TU REY— en esta Semana Santa, la semana más Santa del año.

Acudamos a la Santísima Virgen que fue la única que no se escandalizó y permaneció al pie de la Cruz. Pidámosle a ella las fuerzas que nos faltan. Cada vez que nos venga la cruz en nuestra vida, arrastrémosla con gozo, porque subimos a Jerusalén, donde el Hijo del Hombre será escarnecido, azotado, escupido, matado... pero AL TERCER DIA RESUCITARA...

También nosotros resucitaremos. No hay que escandalizarse sino gozarse de la cruz, digamos como San Pablo: «Me glorío en la Cruz de Cristo», porque la cruz nos hace semejantes a nuestro Rey, a nuestro Dios.

Si le aceptamos así, como Rey, con total fidelidad a Su voluntad, no sólo vamos a evitar las penas del infierno sino que vamos a ayudar a Jesús a salvar muchísimas almas y a encontrarnos después en la gloria desde donde todo lo que hemos pasado en esta vida nos parecerá tan insignificante que será como cuando uno hace una marcha a la montaña, una vez que se está en la cumbre el esfuerzo hecho se queda tan pequeño que gustaría que la montaña fuese todavía más

alta aún, para obligar a un mayor esfuerzo y contemplar todavía un mejor panorama.

Pues cojamos la santidad así, con su sensus, con su cruz.

No piensen ustedes que les va a poner Dios una cruz horrible, que no van a ser capaces de soportar. No, va poniendo astillitas, astillitas, astillitas, que al final componen una maravillosa cruz. Lo que pasa frecuentemente es que nosotros vamos rechazando las astillitas, quitándonoslas de encima... Pero si la soportamos y aun la llevamos con garbo y con alegría, acabaremos por descubrir el secreto de los santos: La Cruz aparentemente contiene un gran dolor, pero cuando se busca el meollo de la cruz se encuentra escondido un gran gozo: «Padecer, o morir» dijo Santa Teresa, «No morir, sino padecer» dijo Santa Rosa de Lima, y San Juan de la Cruz: «Padecer y ser despreciado por amor a Cristo».

Y Carlos de Foucolt: «Viéndote a ti, humilde en Belén, pobre en Nazaret, abandonado en la Cruz, oh, Señor, no puedo soportar una vida distinta de la tuya».

Y —terminó el orador—, éstas son mis reflexiones Cristianas ante la Semana Santa, fuertes, un poco duras. Mi agradecimiento por haberlas escuchado con atención y con deseo de vivirlas. Fallarán ustedes, como fallamos todos y como han fallado los Santos; pero la virtud del santo ha estado en comprender que la santidad no consiste en no caer, sino en estar empezando siempre. Por consiguiente la santidad es la humildad, volver a empezar un día y otro.

Por ello hay que volverse a la Virgen, Reina de la Humildad, para que nos dé las fuerzas que nos faltan para vivir una Semana Santa así. Si así lo hacemos, habremos dado gloria a Cristo, nuestro Rey, e influido notablemente para remediar esas necesidades tan tremendas que tiene España y el mundo entero.»

Una gran ovación premió a la magnífica conferencia de don Abelardo de Armas, auténtico Apóstol de N. S. Jesucristo, honra de la Milicia de Santa María a la que pertenece.

---

## LA TESIS DOCTORAL DE JOSE M. PLANAS Y CORBELLA: «CONTRIBUCION A LA GEOMETRIA PSEUDO CONDORME DE N DIMENSIONES»

LUIS CREUS VIDAL  
Doctor Ingeniero Industrial

En ocasión del 40.º Aniversario de la muerte de nuestro ilustre compañero de SCHOLA CORDIS JESU, la hemos tenido de volver a admirar la Memoria presentada para alcanzar el grado de Doctor en Ciencias Exactas: «Contribución a la Geometría pseudo-conforme de N dimensiones», impresa y publicada en Barcelona en 1935.

Sirvan estas líneas, de cristiano ante todo, y emocionado recuerdo, al que fue uno de nuestros más entrañables compañeros y cofundador de la citada SCHOLA bajo la paternal guía y enseñanzas de nuestro Padre Ramón M. Orlandis, de venerada memoria.

Nos permitimos señalar al lector, el artículo que le dedicamos, hace mucho tiempo, en homenaje —junto con el de otro ilustre, José Oriol Anguera de

Sojo—, aparecido en el núm. 21 de nuestra Revista, y en su II Año, fecha de 1 de febrero de 1945, con el título de «MAS PREHISTORIA DE "CRISTIANIDAD"», referente a los orígenes y gestación de esta Revista.

Malgrado compañero, hubiera dado mucha gloria a Dios, con el admirable talento con que lo había dotado. Doctor en Ciencias, hubo de separarse de nosotros ya en 1935, por haber logrado, por Oposición, la categoría de Catedrático en la Universidad de Zaragoza: era el más joven de España.

Hoy queríamos, reseñar al lector sobre esta Tesis doctoral que, por diversos azares, nos ha tardado tanto en llegar.

Debemos avanzarnos en manifestar que logró la

calificación de «Sobresaliente», ante un Tribunal, a la vez tan excelso como exigente, compuesto nada menos que por las notabilidades siguientes: Presidente, Dr. D. Esteban Terradas. Vocales: Dr. D. Sixto Cámara, Dr. D. Antonio Torroja y Dr. D. José M. Orts. Secretario, Dr. D. Francisco Navarro, en fecha de 16 de junio de 1934.

Todos nombres bien conocidos —por ejemplo Terradas y Torroja— que han constituido verdaderas glorias de la Ciencia española, y cuya fama y trabajos han traspasado nuestras fronteras, como rivalizando con el insigne Rey Pastor y otros no menos famosos.

### La tesis doctoral

Nos hallamos ante una dificultad insuperable. Y es nuestra incapacidad. Sería pedantería imperdonable hacer su crítica —densísimo trabajo de investigación de 65 apretadas páginas—; igualmente el intentar comentarla. Nos contentamos, humildemente, en reseñarla. Quizá también por su índole científica, sólo accesible —a nosotros mismos— «sub speciae» de divulgación, para la que no llegamos, casi, ni a sentirnos iniciados.

Planas fue uno de estos *exploradores*. No menos, en otro orden, que los que han conseguido la victoria cósmica de llegar a la Luna. Sobre temas que, por superar el Espacio y el Tiempo, son inasequibles directamente a nuestra propia mente, sumergida necesariamente en el Espacio y en el Tiempo, sobre todo este último. Escapan a toda imaginación humana.

Desde hace más de siglo y medio, se ha estudiado (antaño ya se señalaba así) el llamado problema de la IV Dimensión.

La culminación de la Geometría de N dimensiones, ha brillado, como es sabido, con Einstein que ha coronado genialmente no toda una época, sino toda una era científica. Al dominar la IV, en otras palabras, su ecuación Espacio-Tiempo, es la que ha permitido al hombre, según señalábamos antes, llegar a la Luna.

Durante el siglo XIX, los grandes estudiosos fueron llenando etapas. Desde el espacio de Riemann (y sus tensores), el gran precursor, otras mentes privilegiadas han ido avanzando en esta métrica de los espacios. Beltrami (1868) con los de curvatura constante, Ricci (el absoluto en la matemática y en la

Física), y, en fin, Levi-Civita (Escuelas de Heinsenthal, Voblen, etc. (Permaton).

La noción de espacio de 4 dimensiones de Riemann fue utilizada por Einstein para establecer su teoría de la Relatividad. Del terreno de la Geometría dimensional pura a la que podríamos llamar cósmica, se llegó a creer que un espacio más general que de Riemann puede llegar a tener una capacidad de representación física. Su conexión con el electromagnetismo a una Geometría actuando con la sola propiedad del espacio continuo temporal y las acciones gravitacionales y electromagnéticas simultáneas y sin intervención de ninguna noción de fuerza; se ha coronado la teoría de Einstein sobre la gravitación.

Los grandes nombres de toda esta revolución científica han sido los de Weil, Eddington, Cartan, Cayley, Klein, y, en otro orden, Lobatchewsky.

Es muy de observar como ha brillado, de un modo especial, en estas disciplinas, los científicos matemáticos italianos. Desde 1923 especialmente, con Cartan (su nuevo carácter de curvatura de torsión).

Nuestro querido Planas estudió en Italia, siendo predilecto discípulo del gran maestro Severi (destacado desde su magistral «Lezioni di Geometria Algebrica», Padova 1908). La tesis doctoral de Planas **CONSIDERACIONES** es pues fruto de uno de los mejores discípulos del genial matemático italiano.

Tan sólo diremos, para ponderación del lector, que con razón se ha dicho que existe hoy tanta distancia desde donde ha llegado la Geometría N dimensional a Einstein (abriendo, por la vía de las matemáticas órdenes de mundos inaccesibles, superiores e insospechados), como existía desde Einstein, remontando, al revés, los tiempos, hasta Euclides.

Veneremos los designios de la Providencia que permitió se malograra nuestro ilustre compañero José M. Planas —este «explorador» de los espacios N dimensionales, y cuya obra tenemos a disposición de cuantos de nuestros lectores deseen consultarla—, que, no lo dudemos, hubiera escalado un alto puesto, quizá ya no solo entre los sabios nacionales, sino mundiales.

Adoremos siempre a Dios y acatemos sus caminos, al tiempo que escribimos estas líneas en honor de nuestro grande amigo y cofundador de SCHOLA, que unía su gran ciencia a su extraordinaria Fe y piedad, demostrada en esta nuestra Casa, que tomara luego del nombre —con santo atrevimiento de su Padre Fundador— de SCHOLA CRDIS JESU. Escuela del Corazón de Jesús.

# El sentido misional de la conquista de América

*Fragmento de la epístola de León XIII a los Arzobispos y Obispos de España, Italia y ambas Américas, con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América. 16-VII-1892.*

«Centenares de millares de mortales surgieron del olvido y de las tinieblas en que yacían, y fueron restituidos a la común sociedad del género humano, convertidos de la barbarie a la suavidad de costumbres y a la vida civilizada, y, lo que vale incomparablemente más, transportados del camino de perdición al de la vida eterna, con la comunicación de los bienes que nos mereció Jesucristo.»

## **Sobre el espíritu misionero de Colón y sus compañeros**

«En efecto: al dirigirse por primera vez a los Reyes de España, Fernando e Isabel, pidiéndoles que tuviesen a bien encargarse de la empresa, les alega como razón que “lograrían gloria inmortal si resolviesen llevar el nombre y doctrina de Jesucristo a tan apartadas regiones”.

»Después, conseguido lo que pretendía, atestigua que “eleva a Dios sus plegarias, para que los Reyes, con el auxilio de la Divina Gracia, sigan llevando la luz del Evangelio a nuevas regiones y nuevas playas”.

»Se apresura a escribir a Alejandro VI, Pontífice Máximo, pidiéndole varones apostólicos, y le dice que: “confía poder alguna vez, con la ayuda de Dios, propagar amplísimamente el sacrosanto nombre de Jesucristo y su Evangelio...”

»Finalmente, al aconsejar a Fernando e Isabel que no permitiesen trasladarse al Nuevo Mundo el comerciar con los indígenas más que a los cristianos católicos, alega por razón que “el fin a que tendía su iniciativa y todo el esfuerzo desplegado en ella era solamente el aumento y gloria de la religión cristiana”.

## **Espíritu misionero de Isabel la Católica**

«Este mismo era cabalmente el propósito que animaba, según está probado, a la Reina, mujer piadosísima y dotada al mismo tiempo de ingenio varonil y de alma grande.

»Suya fue la afirmación de que Colón se había de lanzar al vasto Océano “para llevar a cabo una empresa magnífica, para gloria de Dios”. Y al volver Colón de su segundo viaje, le escribió que “habían sido muy bien empleados los gastos que ella había hecho en las dos expediciones a las Indias, y los que pensaba hacer en adelante, porque todo ello había de redundar en aumento de la religión católica”.